Pelayos

AÑO 4 – NÚM. 13
24 DE JUNIO - 2025

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 3

Saluda del Capellán 4

Personajes 25

Narraciones 35

Clara y Santiago 44

Las Españas 55

Madre de la Hispanidad 59

Catecismo 64

¿Sabías qué? 67

Pasatiempo 71

Poemario 80

Cancionero 81

Historia 83

Tienda 84

Pelayo

Pelayos y Margaritas, semilla de mártires, flor de la Tradición, os habéis alzado en un mundo que ha renegado de Dios, pero vosotros sois el grano que no se pudre, sois la llama que no se apaga, sois el relevo de los requetés y las mártires purísimas, ¡sois el mañana del Reino de Cristo!

A S. Pelayo, adolescente y mártir, le fueron ofrecidos los placeres del mundo y respondió con su sangre: «No puedo traicionar al que murió por mí». Su cuerpo fue triturado, pero su alma entró en triunfo en la eternidad.

¿Qué ofrecéis vosotros, jóvenes de España, a ese mismo Rey que lo coronó en el cielo? ¿Horas muertas en redes sociales, días sin lucha, vidas vacías de cielo? ¡No! El Rey que nos llama no es un filósofo moderno, es el Cristo Rey, Señor de las Españas, a quien servimos con la boina roja y el escapulario, con el Rosario en la trinchera y la frente alta en la humillación.

Y no olvidéis que el Rey, Enrique V, nos lo exige. Su vida es ejemplo.

Debéis ser juventud de la Santa Misa de siempre, y de combate, de castidad y rebeldía santa, de adoración y barricada espiritual.

En un mundo que se arrastra, vosotros marcháis firmes. En una España que ha prostituido su alma, vosotros defendéis la Patria verdadera, la que fue forjada al calor de los Sagrarios y en el canto del «¡Viva Cristo Rey!»

Pelayos: alzad las almas como vuestros abuelos alzaron los fusiles por Dios, por la Patria y por el Rey legítimo.

Margaritas: sed como las mártires de Astorga y Málaga, coronadas por la pureza, valientes en la hora del dolor, soldados de María Inmaculada, madres del futuro, espiga blanca en el campo de Dios.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Y en tiempos de don Jaime los carlistas pasaron a ser jaimistas. Con toda naturalidad. Hoy son sixtinos. Y mañana, Dios dirá.»

Saluda del Capellán

ALIADO DE LOS ÁNGELES

Muy querido Pelayo, dos son los patrones bajo cuyo patrocinio te han puesto nuestros mayores: Pelayo el niño santo y también otro Pelayo, el héroe de Covadonga, adalid de la Reconquista.

Hoy quisiera que meditaras un poquito sobre el ejemplo a seguir que tenemos en la figura de Pelayo el Santo, ya que este año 2025 celebramos los mil cien años de su entrada victoriosa al reino de los cielos, portando glorioso sobre su frente de trece años y medio la corona de la virtud angelical y, en sus manos, las palmas de la pureza y del martirio. Con su inocencia y su pureza ya daba mucha gloria al Altísimo, por eso la Providencia permitió el martirio, para cortar ese lirio antes que se marchitara[1] *y perpetuarlo en la*

[1] «La virginidad es sacrificio», Pío XII en *Sacra virginitas.*

eternidad del cielo, junto al trono de Dios, para su mayor gloria y ejemplo de los niños de esta tierra, de todos los Pelayos. «Con decir que es mártir, ya decimos de él la más grande alabanza[2]», escribe San Ambrosio. Pues San Pelayo, querido amigo, no solo es mártir, sino también puro y casto.

De la noble familia de los Acuña, en el reino de Galicia, nació en la parroquia de San Juan de Albeos, municipio de Creciente, a solo veinte leguas de Santiago de Compostela. Cuando Pelayo era muy joven, aceptó ocupar el lugar de su tío Hermogio, el obispo de Tuy, que había sido hecho prisionero junto con otros guerreros cristianos al finalizar la batalla de Valdejunquera (año 920), donde Abderramán III venció a los ejércitos de Ordoño II de León y Sancho I Garcés de Pamplona, que intentaban continuar la cruzada por la recuperación de la Hispania perdida. El rey Pelayo la había iniciado en Covadonga en el año 722, cuando de manera milagrosa, comandados por la Virgen, los ángeles sepultaron a los sarracenos bajo una lluvia de piedras y rocas. Esta Cruzada se prolongó durante nueve siglos y fue coronada por los Reyes Católicos, el día 2 de enero de 1492, con la toma de Granada. Prisionero el obispo Hermogio, fue llevado cautivo a Córdoba, que en aquel entonces aún estaba en poder de los moros, y la única manera de recobrar su libertad era o pagando un rescate, o si otra persona ocupaba su lugar como rehén. El elegido para esto último era su hermano Favila, un conde de Galicia (que por aquel entonces era uno de los reinos que conformaban la corona de León). Cuando llegó la noticia, todo fue consternación y tristeza, pero alzó su voz el hijo del conde, el joven niño Pelayo, quien se ofreció como rehén en lugar de su tío y de su padre y dijo: ¡Yo voy!, para quedar prisionero en las mazmorras de Córdoba, mientras reunían el dinero de su propio rescate. Pensemos

[2] Citado por San Pío X en la alocución del 6 de enero de 1904, al proclamar la heroicidad de virtudes de Santa Juana de Arco.

un instante en su heroica generosidad y en la total abnegación de este niño de diez años.

Este pequeño gigante recorrió setecientos kilómetros, los mismos que separan a León al norte, de Córdoba al sur. Dando un paso detrás de otro, atravesó la estepa castellana, de tanto en tanto, descansó a la sombra de alguna encina y fue bajando por Despeñaperros, rezando, ofreciendo el cansancio y tropiezos, para que el Dios de los ejércitos le devolviera a España la paz cristiana. Desde la soledad y el silencio de las noches estrelladas, se elevaron al cielo los suspiros y lágrimas de quien se quedaba huérfano de Madre y Patria. Casi tres siglos más tarde, que para el hombre son muchos años, pero para Dios no son nada, en la batalla de las Navas de Tolosa (año 1212), Dios les otorgó a los cristianos la victoria anhelada, porque dice San Jerónimo que «la fuerza de las naciones, es el triunfo de los mártires[3]». Entre tanto, San Pelayo no desfalleció ni huyó, como verdadero soldado de Cristo cumplió con heroísmo la misión que le fue encomendada.

INOCENCIA MILITANTE

A San Pedro, los ángeles lo liberaron de sus cadenas en dos ocasiones[4], una, cuando estaba preso en Jerusalén por orden del Sanedrín, y otra, cuando Herodes lo tenía retenido[5]. A Hermogio, obispo de Tuy, lo liberó San Pelayo, aceptando sustituirlo en la prisión. San Pelayo fue un ángel para su tío obispo, que pudo volver a su sede episcopal para ocuparse de su grey. Por eso podemos decir que este aliado de los ángeles, San Pelayo, dio su vida y libertad por la vida y libertad de la Santa Madre Iglesia.

[3] Idem ut supra.
[4] Act. V, 18-20; XII, 4-11.
[5] El 1 de agosto se celebra la festividad de San Pedro *ad vincula*.

Cuando Daniel fue encerrado para ser devorado en el foso de los leones, un ángel fue su aliado, cerrando las fauces de los felinos hambrientos[6]*. Así también, fueron protegidos de ser calcinados sus amigos Sidrac, Misac y Abédnego, enviados por Nabucodonosor a un horno de fuego*[7]*. San Pelayo fue recluido en unas lúgubres mazmorras, oscuras y húmedas, sin un rayo de sol ni atisbos de esperanza, horas de triste soledad u odiosas compañías. En ese Getsemaní andaluz, tan lejos y tan cerca de los olivos, con nada de huerto y mucho de desierto, su aliado más fiel fue su ángel custodio, que, sin duda, lo sostuvo cuando sintió la violencia de la flaqueza humana y lo preparó a beber el cáliz de su pasión hasta las heces. San Pelayo hizo de su mazmorra un claustro, la antesala del cielo, como tantas vidas escondidas en esos claustros que guardan el tesoro de almas puras y santas. En esa disposición transcurrieron tres años y medio, esperando en vano que llegara el rescate prometido que le devolviera la libertad temporal. Finalmente, el dinero nunca llegó, pero en vez de ponerse triste ante la ingratitud humana y el olvido de los suyos, se resignó ante la voluntad de la Divina Providencia y así fue como el Señor lo premió con la gracia del martirio, concediéndole la libertad eterna. Fue a la pasión decidido y determinado a dar testimonio de su Fe y, como el Mártir del Calvario, no pidió al Padre que lo librara de la muerte, sino que se cumpliera su voluntad*[8]*. Fue cordero con el Cordero. No se defendió, ni apostató cuando lo llevaron al matadero, sabiendo, como Jesús sabía, que si al Padre se lo pedía «Él pondría inmediatamente a mi disposición más de doce legiones de ángeles*[9]*».*

[6] Dn. VI, 23.
[7] Dn. III, 95.
[8] Lc. XXII, 42.
[9] Mt. XXVI, 53.

Un 26 de junio de hace mil cien años, San Pelayo libró la última y definitiva batalla de su vida ante el califa de Córdoba. Fue llevado a su presencia ataviado con ricas vestiduras, pero Pelayo se negó rotundamente a ser afeminado. Inicialmente pretendieron seducirle con lisonjas y halagos, ofreciéndole —si renegaba— dinero, honores y un hermoso caballo, pero San Pelayo resistió firme en la Fe[10]*: Conforme a la promesa de Nuestro Señor Jesucristo, el Espíritu Santo le enseñó lo que debía decir*[11]*. Respondió al rey moro con valiente insolencia: «Todo lo que me ofreces es nada, no renegaré de Cristo. Cristiano fui, lo soy y lo seré»; así dio testimonio ante los hombres y por eso Nuestro Señor lo confesó delante de su Padre en los cielos*[12]*. Primero fue torturado y luego su cuerpo fue hostia pura rota en pedazos, porque, después de seis horas de tormentos, le cortaron los brazos, las piernas y la cabeza, dando de esta atroz y heroica manera su vida por Cristo, con Cristo y en Cristo a Dios Padre Omnipotente*[13]*.*

Parece ser que San Pelayo después de muerto seguía molestando a los malos espíritus. El mismo enemigo que con odio se encarnizó contra su vida, se ensañó con sus reliquias para que no quedara ni rastro ni memoria de su victoria, pero Dios tenía otros planes. Después del martirio, sus despojos fueron arrojados al Guadalquivir. Unos pescadores, recuperaron de las aguas sus restos para vendérselos a los cristianos de Córdoba que los sepultaron sucesivamente en varias iglesias de dicha ciudad: su cuerpo reposó en San Ginés y su cabeza en San Cipriano. De allí el rey Sancho I, pidió al moro sus reliquias a cambio de un rescate y las trasladó a la ciudad de León. Posteriormente en el siglo X (año 988), ante el avance agareno[14] *comandado por Almanzor, Bermudo II lleva sus restos a*

[10] I Pe. V, 9.
[11] Lc. XII, 12.
[12] Mt. X, 32.
[13] *Doxología* es la oración del sacerdote en la Misa que resume al final del canon la adoración y alabanza a la Santísima Trinidad.
[14] agareno" se refiere a los descendientes de Agar, una esclava egipcia madre de Ismael. (Gal. IV, 31).

Oviedo y se los confía a las benedictinas, que desde entonces son conocidas como «las Pelayas», aunque en aquellos tiempos su convento se llamaba Monasterio de San Juan Bautista. Durante el siglo XVII, los monjes de San Vicente quisieron apoderarse de las reliquias y muchos disgustos les costó a las pobres religiosas seguir custodiando el tesoro de esos restos, para los cuales mandaron construir un hermoso y rico relicario, el cual fue robado en el año 1810 por las tropas francesas de Napoleón y sus huesos, envueltos en un paño, fueron tirados en un gallinero. De allí fueron rescatados por las consternadas religiosas. El Papa Pío VII, tuvo que intervenir para que sus reliquias no fueran diseminadas y se respetaran los sellos de la urna. En 1837 la desamortización liberal incautó valiosos documentos del archivo correspondiente a San Pelayo y hasta el monasterio estuvo en peligro de ser confiscado.

El monasterio sufrió la Revolución de 1934 y, posteriormente, el embate comunista en la Cruzada de 1936 a 1939. Alcanzada la victoria y con ella la paz, luego de pagar el altísimo precio de la sangre de miles de mártires, fue cuando las religiosas pudieron regresar y continuar con la custodia de los restos del Santo bajo cuyo patrocinio se encuentra el monasterio. Como después de muerto San Pelayo sigue dando guerra, él y sus reliquias te esperan en Oviedo. Por gracia de Dios, el monasterio existe, sus reliquias subsistieron de milagro a la impiedad. Eso no es todo, los Pelayos de la Hispanidad pueden honrar una reliquia del Santo que se conserva en el Monasterio de Nuestra Señora de la Asunción, las benedictinas de Rengo, al sur de Santiago de Chile. Allí te esperan para que las veneres, honres su memoria y te edifiques espiritualmente, guardando en el relicario de tu corazón su heroico ejemplo.

ALIADOS ALADOS

Nos podríamos seguir preguntando las razones por las cuales los Pelayos de hoy habéis sido confiados por vuestros padres a este santo en particular: San Pelayo. No creo equivocarme al considerar que es debido a una razón providencial, que encaja perfectamente dentro del plan de amor de Dios, porque tiene aplicaciones muy concretas al servicio de la Santa Causa: su amor a la virtud de pureza debe ser el ideal de tu vida: por tu testimonio en esta tierra, tu alma está ya intercediendo en el cielo[15]*. En este sentido, nos dice San Atanasio que «el Hijo de Dios, Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, que se hizo hombre por nosotros, abolió la muerte y liberó al género humano de la esclavitud de la corrupción. Además de todas estas gracias, nos concedió poseer en la tierra una imagen de la santidad de los ángeles, la virginidad».*

Sin duda gracias a esta virtud, Santa Juana de Arco fue una aliada privilegiada de los ángeles y particularmente de San Miguel, príncipe de las milicias celestes, quien le hizo oír su voz como otrora hiciera con Judas Macabeo: «Recibe esta espada santa como un don de Dios, con ella destruirás a tus enemigos[16]*». Poderosos aliados fueron para ella los santos ángeles en su lucha para expulsar al*

[15] Phil. III, 20: «Conversatio nostra in caelis est».
[16] II Mac. XV, 16.

inglés y reinstalar en su trono al rey legítimo de Francia, Carlos VII[17].

Puedo decir, con el fundamento que nos da San Pablo, que el hombre animal, la bestia carnal, no es capaz de escuchar la voz de Dios[18], *no encuentra eco en su alma la palabra espiritual, ni se puede encarnar en ninguna misión noble y pura, como se encarnó el Verbo en el seno virginal de María a la vocación del arcángel San Gabriel. A muchos de los llamados a extender el reino de Dios, la impureza los ha vuelto sordos al espíritu, al ideal, a la vocación, a desarrollar el cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo, porque envilece la nobleza, ahogando la generosidad en el egoísmo lascivo que esteriliza la fecundidad paternal. «Si hoy escuchas su voz, no endurezcas tu corazón*[19]*». Necesitas algo de aquello que tiene el ángel para escuchar la voz del Verbo que te dice «ven y sígueme*[20]*», para acatarla y tener la audacia de salir a su encuentro por senderos trazados sobre las aguas*[21]*. Para llegar hasta Él sin titubear es precisa una abnegación total, aquella que te permita, incluso, olvidar la propia condición humana.*

La vocación a la paternidad se declina de distintas maneras[22]*. Se concreta de una manera peculiar en el Patriarca San José, como padre putativo, quien, por su pureza virginal fue y continúa siendo —ayer para Jesús y María y hoy para todo aquel que en él confía— un aliado privilegiado de los ángeles. A él le confió Dios la custodia de la inocencia misma, Jesús y María. Cuando humanamente vivía situaciones paradójicas, fue el mismo San Gabriel quien le reveló el gran misterio que encerraba María. Comprendió la sublime vocación a la que había sido llamado, y la cumplió con docilidad humilde y fidelidad. Fue así como acogió a María en su casa*[23] *y en Belén recibió la orden de poner, a buen recaudo en Egipto, al Mesías*

[17] Nos hubiera venido de bien a los españoles una Santa Juana, que por lo que se ve, también era *carlista*, para poner en el trono a nuestro rey Carlos VII.
[18] I Cor. II, 14.
[19] Heb. III-15; Ps. XCV-7.
[20] Mt. XIX, 21.
[21] Mt. XIV, 29- 31.
[22] Ef. III, 14-15: «Por eso doblo mis rodillas delante del Padre, 15 de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra».
[23] Mt. I, 20.

recién nacido. A la muerte de Herodes[24] el ángel le avisó que podía regresar, pues no había ya peligro para el Divino Niño. Que San José inspire con su ejemplo a todos aquellos a quienes Dios les participa de su paternidad y son custodios de almas, que desde y por el bautismo son ahora hijos de Dios: «divinæ consortes naturæ[25]». No hubo ninguna indolencia en este padre ejemplar, que supo acoger con generosidad la misión encomendada. No buscó excusas cuando se trató de salvaguardar los tesoros que se le habían confiado. Dios confió en San José, que era un hombre de fiar; que se pueda decir lo mismo de los padres de hoy y puedan responder sin sonrojarse, cuando Dios un día les pregunte: «¿Qué has hecho de mis hijos? Lo que hiciste a uno de mis más pequeños, a Mí me lo hiciste[26]». ¿Qué habrá respondido Favila, el padre de San Pelayo, después de dejar a su hijo de diez años en las garras del lobo? Sin duda, su respuesta no habrá sido la misma que dio San José.

PEQUEÑO GIGANTE

Tú, Pelayo eres fuerte, por tu virtud angélica, tu oración y sacrificios, ayudas a liberar a muchos miembros de la Iglesia, esclavizados por distintas cadenas. Tu celestial patrón, movido por una caridad heroica siguió el camino que le marcaron tantos santos que redimían cautivos, especialmente de las órdenes Trinitarias y de la Merced; entre estos últimos también destaca mi santo patrón, San Ramón Nonato, de gloriosa memoria. Todos ellos, salvaron muchas vidas y lo más importante, es que gracias a su caridad, muchas almas no cayeron en la apostasía.

Que el ejemplo angelical de San Pelayo, por su comportamiento intachable en la prisión y su sangre inocente, redima a tantos adolescentes que yacen cautivos de nefandas cadenas, inmundas, soeces, impuras; las cuales, siguiendo el consejo de San Pablo, no

[24] Mt. II, 20.
[25] II. Pe. I, 4.
[26] Mt. XXV, 40.

quiero ni siquiera nombrar[27]*. Que San Pelayo, para quien no llegó a tiempo la suma de su rescate, nos alcance a nosotros la gracia y el beneficio de ser rescatados por su sangre y que, por su intercesión, todos los niños cautivos por los lazos de los vicios, afeminados por el confort y la vida muelle, recobren la plena libertad de los hijos de Dios*[28]*, acogiendo con gozo y valentía la gracia de militar bajo el lema de «¡Quién como Dios!*[29]*» y así, aliados de los ángeles, combatan contra la serpiente y su linaje, por la misma causa y el mismo ideal.*

Querido Pelayo, con los ángeles y como los ángeles, estás llamado a tener muy presentes estas realidades místicas y ponerte al abrigo de esos espíritus que infectan los aires y de sus innumerables esbirros de carne y hueso, que son legión. Pululan por este mundo, como serviles instrumentos del Maligno, que se oculta en el corazón de los malos. El número de los idiotas es infinito[30] *y resultan muy útiles y eficaces a los fines del enemigo. Lenin, uno de los tantos esbirros suyos, identificó muy bien a estos idiotas útiles y supo usarlos para sus fines revolucionarios y perversos. La evocadora vida y muerte de San Pelayo nos recuerda que los hombres tenemos muy olvidados a esos amigos, puro espíritu, espíritus puros, que Dios puso a nuestra disposición para ayudarnos a alcanzar la gloria. Ellos fueron sus aliados y deberían ser también los tuyos, en la lucha contra la tripe concupiscencia*[31]*, contra los tres enemigos del hombre: el mundo, el demonio y la carne. Resultará una alianza poderosa entre los ángeles y sus servidores «a sus ángeles, los hace como ráfagas de viento; y a sus servidores como llamas de fuego*[32]*».*

[27] Ef. V, 3: «Nec nominetur in vobis».
[28] Rom. VIII, 21.
[29] Apoc. XII, 7-9.
[30] Idea derivada de Ecl. I, 15.
[31] I Jn. II, 16.
[32] Heb. I, 7.

Que los ángeles santos te defiendan de los robots y sus redes, con las que el demonio arrastra tantos corazones a las cloacas digitales por fantasías culpables. Por esta insigne virtud de la pureza serás semejante a los ángeles, ella te convierte en su amigo en tiempos de paz y aliado en tiempo de guerra. San Pelayo amó esta virtud más que a su propia vida, la cual despreció por amor a Dios, a la vez que contribuyó —y contribuye— a establecer la Ciudad de Dios, como nos enseña San Agustín, pues esta se fundamenta en el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo[33].

Tú estás llamado a continuar ese combate que comenzó en el génesis de la historia, allá en el paraíso terrenal, cuando Dios estableció una enemistad eterna entre el linaje de la serpiente y el linaje de la Virgen[34]. *Tal vez las circunstancias hagan que para defender esta virtud no se te pida morir torturado y despedazado como tu angelical santo patrón, seguramente, por el momento, no se te pida el sacrificio cruento de tu vida, pero no alcanzarás esta virtud sin sacrificios en esta vida.*

Si tenemos en cuenta lo que San Pablo les dijo a los efesios, que «nuestro combate no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra los soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio[35]*», entenderemos que este combate no se libra con armas*

---

[33] San Agustín, *La ciudad de Dios*, libro XIV, cap. 28: «Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloría en sí misma, y la segunda, en Dios, porque aquella busca la gloria de los hombres, y esta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria [...]. En aquella, sus príncipes y las naciones avasalladas se ven bajo el yugo de la concupiscencia de dominio, y en esta sirven en mutua caridad, los gobernantes aconsejando y los súbditos obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en sus potentados, y esta dice a su Dios: A ti he de amarte, Señor, que eres mi fortaleza (Sal 17,2). Por eso, en aquella, sus sabios, que viven según el hombre, no han buscado más que o los bienes del cuerpo, o los del alma, o los de ambos [...]. Creyéndose sabios, es decir, engallados en su propia sabiduría a exigencias de su soberbia, se hicieron necios [...]. En esta, en cambio, no hay sabiduría humana, sino piedad, que funda el culto legítimo al Dios verdadero, en espera de un premio en la sociedad de los santos, de hombres y ángeles, con el fin de que Dios sea todo en todas las cosas (I Cor. 15,28)».

[34] Is. LIV, 1: «¡Grita de alegría, estéril, tú que no has dado a luz; prorrumpe en gritos de alegría, aclama, ¡tú que no has conocido los dolores del parto!, porque los hijos de la mujer desamparada, son más numerosos que los de la desposada, dice el Señor».

[35] Ef. VI, 12.

terrenales sino con «las armas del Espíritu[36]». Así es como, aliados con los ángeles buenos, podremos vencer a los ángeles caídos. Si queremos alcanzar la victoria y la corona de la gloria, si de verdad queremos «que venga a nosotros su reino», los necesitamos como aliados. Los ángeles buenos son los aliados de los niños puros e inocentes —y de aquellos que deben hacerse como niños para poder entrar en el reino de los cielos[37]— que, como San Pelayo, cuidan, guardan, defienden y combaten al enemigo infernal, armados de la virtud angélica. Tú marcharás victorioso a la vanguardia del ejército de Cristo, porque «Dios eligió a los que el mundo tiene por tontos, para confundir a los sabios; los que el mundo tiene por débiles, para confundir a los fuertes»[38].

Querido Pelayo: eres aliado de los ángeles, porque, a pesar de que la naturaleza humana es un poco inferior a la naturaleza angélica — por poco tiempo pusiste al hombre por debajo de los ángeles y lo coronaste de gloria y honor[39]—, sin embargo, por la pureza y la gracia se establece una comunión de ideales, se instaura una fortísima alianza que te fortalecerá durante toda tu militancia en esta tierra[40]. Y, como premio de este combate, después de la resurrección de la carne, compartirás con los ángeles las prerrogativas del cuerpo glorioso: estos sublimes privilegios que son la sutilidad, la agilidad, la impasibilidad y la claridad. Te esperan misterios asombrosos, como el que anuncia San Pablo cuando dice: «¿No sabéis que tendréis que juzgar a los ángeles[41]?». Sí, Pelayo, estás llamado a rubricar tu victoria ocupando para siempre en el cielo, el lugar que dejaron vacío los ángeles castigados.

[36] Ef. VI. 13-17.
[37] Mt. XVIII, 3.
[38] I Cor. I, 27.
[39] Heb. II, 7; Ps. VIII, 6.
[40] Job VII-1: «Militia est vita hominis super terram», (lucha es la vida del hombre sobre la tierra).
[41] I Cor. VI, 3.

Con San Miguel Arcángel, en el combate contra las insidias y asechanzas del demonio, pedimos suplicantes que lo reprima el Señor con la fuerza del «Quién como Dios» y arroje al infierno a todos aquellos que infestan los aires y que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Es el aliado que le dio Dios a San Pelayo, y le alcanzó la fortaleza y la valentía necesaria para no temer a quienes mataron su cuerpo, pero no su alma[42].

Aliado de San Rafael, como lo fue de Tobías, tuyo lo será también. Será tu guía, acompañándote y protegiéndote de todos los peligros del camino, cuando te encuentres perdido y no sepas por donde seguir; como a Lot, te advertirá y te ayudará a huir de las Sodoma y Gomorra contemporáneas, antes que el mismo ángel de parte de Dios las destruya a sangre, azufre y fuego. En la prontitud de la huida ante el peligro, se conoce la valentía de quien ama la pureza. Ejemplar es la huida de José (hijo de Jacob) de las seducciones de la mujer de Putifar el egipcio[43] *—al que arrancaron la túnica, pero no la gracia—, emblemática la huida de Lot hacia la ciudad de Zoar*[44]*; y significativa la huida de Jesús hacia el lejano Egipto*[45]*, escapando de Herodes, personificación del vicio; todas ellas nos dejan una elocuente lección, un ejemplo para que tú y yo sepamos huir, donde sea y como sea, con tal de poner distancia entre el pecado y la gracia, humildemente conscientes de la fragilidad humana. Quien es*

[42] Mt. X, 28.
[43] Gn. XXXIX, 7-8.
[44] Gn. XIX, 22.
[45] Mt. II, 14.

«medicina de Dios» pondrá remedio a las enfermedades del alma y el cuerpo y alejará de los amores nobles y puros todo aquello que envilece. Que él te proteja de todos los demonios asesinos[46]*, esos que son homicidas desde el principio*[47]*, aunque se vistan de ángel de luz*[48]*.*

El Arcángel San Gabriel, será tu aliado cuando llegue el momento de anunciar a las almas el mensaje divino, pues él fue el que trajo la noticia más grande que escucharon los siglos. Es el Arcángel aliado del apóstol, del misionero, el que acompaña los pasos de los que anuncian la buena nueva[49]*, para que se salven las almas por la fe que nace de la predicación*[50]*. Será tu aliado cuando tengas que dar testimonio ante los que niegan a Dios, como San Pelayo lo hizo delante de Abderramán.*

En cada uno de ellos y en muchos más, Nuestro Señor nos ha dado un auxilio eficaz: «¿Es que no son todos espíritus servidores, enviados en ayuda de los que han de heredar la salvación[51]*?». Debemos estrechar más y más los lazos de comunión por medio de una asidua y frecuente oración, siendo dóciles a sus inspiraciones, audaces en las decisiones, perseverantes y determinados al ir al combate con confianza, como la infantería que avanza por tierra, cruzando montañas y valles, bosques y descampados, sabiéndose cubiertos y amparados desde lo más alto por el ejército del aire. Y cuando la lucha se libre en la más grande soledad, no te olvides que nunca, jamás, estás solo, aunque sea muy duro el combate en la larga noche de la fe, como le sucedió a Jacob*[52] *y cuando tus amigos*

[46] Tob., VIII.
[47] Jn. VIII, 44.
[48] II Cor. XI, 14.
[49] Rom. X, 15.
[50] Rom. X, 17.
[51] Heb. I, 14.
[52] Gn. XXXII, 22-32.

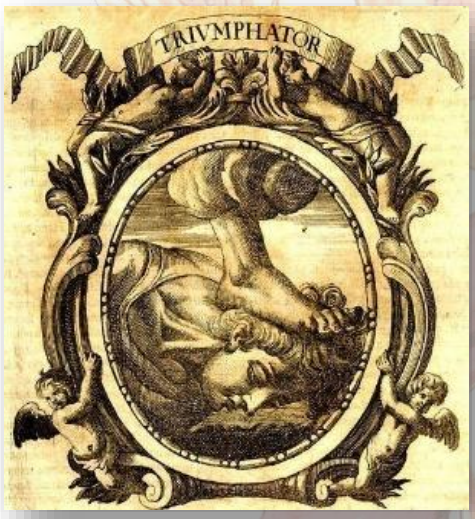
duerman, el ángel del consuelo te reconfortará en tu Getsemaní[53]. Cuarenta días de rudo combate libró Nuestro Señor en el desierto, cuarenta días de ayuno, oración y silencio, al fin de los cuales fue cuando se sintió débil. Estaba esperando ese momento, para abordarlo, impetuoso y presuntuoso, el espíritu cobarde al ataque del Fuerte porque se sentía débil. Le tentó tres veces, pero vencido se batió en retirada, entonces vinieron los ángeles buenos y le sirvieron[54] al Señor el merecido banquete de la victoria.

En la Babilonia contemporánea, que no te aterroricen los ídolos ni los miedos te dominen; recuerda aquello de la Carta de Jeremías: «Mi ángel está con vosotros y él cuida de vuestras vidas[55]». Aunque el mundo no sepa nada de tus luchas y combates, de tus triunfos y victorias —demos gracias a Dios, así el aplauso de los demás no viene a ensuciar la pureza de intención— contigo estará siempre el testigo fiel que dará testimonio cuando el Hijo del Hombre acompañado de todos sus ángeles venga en su gloria y majestad[56] y así, ante Él nunca serás héroe anónimo.

En relación con esta virtud, afirmó San Cipriano que «comenzáis a ser ya lo que algún día hemos de ser todos. Ya en este mundo gozáis la gloria de la resurrección, pues pasáis a través de él sin contaminaros con su corrupción. Mientras perseveráis castos y vírgenes, sois iguales a los ángeles de Dios[57]». Estos tales viven ya en la tierra lo que serán en el cielo, pues en el cielo no se casarán ni serán dados en matrimonio, serán como ángeles de Dios[58]. Esta virtud te convierte en aliado de los ángeles, leal a la nobleza de tu linaje, el linaje de Aquella por la cual la virginidad entró en esta

[53] Lc. XXII, 43.
[54] Mt. IV, 11.
[55] Bar. VI, 6.
[56] Mt. XXV, 31.
[57] San Cipriano, *De habitu virginum*, 22: PL 4,462.
[58] Mt. XXII, 30.

tierra[59]*; de esta forma podrás vencer con tu inocencia al enemigo y todas sus torpezas. La virtud de la pureza, es una fuerza angelical que te concede un coraje sobrenatural. La pureza no tiene nada de ñoño, ni es cursi, romántica ni bucólica, sino que es viril, es bélica, agrede, ofende como la luz al miope. Irrita y despierta la envidia antigua y siempre actual del Ángel caído que no soporta que la humana creatura por su pureza alcance la angélica altura. Te capacita para establecer una alianza con los ángeles que te permite vencer a los enemigos que infestan los aires, mencionados por San Pablo. Te constituye en el talón angelical de la Virgen, que aplasta la cabeza de todos los revolucionarios que dicen «non serviam*[60]*».*



Esos espíritus malignos que infectan los aires, continúan en este mundo y en nuestro tiempo combatiendo en la guerra que se declaró en el evo[61] *de los cielos. Para ello se valen de los Herodes contemporáneos —semejantes al califa Abderramán contra quien se tuvo que enfrentar tu santo patrón San Pelayo— que atacan con furor la inocencia de los niños, jóvenes y no tan jóvenes. Para desarmarte, los mundanos se burlan, con la mofa y el sarcasmo, de ti y de aquellos que sin respeto humano viven con coherencia su fe, respetan las sanas costumbres o practican virtudes heroicas; pero no suelen limitarse a las burlas, sino que entran en una dinámica ascendente o de escalada, y por la calumnia o la difamación van más allá en su ofensiva diabólica, hasta llegar a dar muerte personal o*

[59] Pío XII, Encíclica *Sacra Virginitas*: «La virginidad entró en el mundo por María».
[60] Is. XIV, 12-15: «¡Cómo caíste del cielo, Lucero, ¡hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que decías en tu corazón "subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono, seré semejante al Altísimo". Más tú has sido derribado hasta el Seol, a los lados del abismo».
[61] 'Evo' es una medida que participa de la eternidad y muestra rasgos del tiempo. En ella duran los ángeles, los bienaventurados y el mundo; en cuanto han tenido comienzo en el tiempo.

social, según las circunstancias. Quieren dar muerte al «ángel» que vive en ti, quieren que caiga en el cieno quien está llamado a existir en el cielo, ocupando en la Jerusalén celestial aquellos lugares que por su orgullo quedaron vacíos.

Nuestro Señor ha consagrado tu cuerpo, el cual ahora es templo Trinitario, que la modestia orna y protege. En el torreón inexpugnable de tu corazón, en el castillo de tu alma tiene su trono Cristo Rey. Un castillo de cinco puertas con puente levadizo —porque cinco son los sentidos— que siempre han de estar bien guardadas, custodiadas en días de vigilia y noches prolongadas, porque los enemigos en esta tierra nos tienen sitiados y están asediando noche y día, acechando, esperando el momento oportuno para atacar, apenas se distraigan los guardias. Debes estar alerta, porque ese enemigo es tan íntimo, que está tan cerca de ti como la carne del alma. El espíritu que abofetea, a golpes de ariete —o de aguijón[62], que diría San Pablo— quiere abrir una brecha en tus murallas.

El día 26 de este mes de junio celebramos a San Pelayo, unidos a él, ofreceremos al Señor actos de humildad reparadora por aquellos que, particularmente en este mes, se muestran orgullosos de la ignominia más infame. Cuando se abren tantas puertas de armarios, como compuertas de un dique siniestro que inunda todo a su paso, que ahogan lo poco que queda de sano; cuando se abren pantallas grandes y pequeñas que propagando indecencias apagan inocencias, mientras con gestos, palabras y marchas se refocilan en inmundas pocilgas, en el más

[62] II Cor XII, 7.

abominable de los fangos, entonces es oportuno recordar la advertencia de San Pablo a los Romanos[63]: «A pesar de que conocen el decreto de Dios, que declara dignos de muerte a los que hacen estas cosas, no solo las practican, sino que también aprueban a los que las hacen». Los que, por influencia de la moda, por presión social y lo «políticamente correcto» han sido conquistados ideológicamente a esta causa, han sido pervertidos en su espíritu. Lamentable «espectáculo para el mundo, para los ángeles y los hombres[64]».

Con nuestro Santo Patrón aprendamos a sacrificar el orgullo sin temor al qué dirán, a ofrecerle el sacrificio del amor propio desde lo más profundo del corazón, porque no siempre por ser humillados, se es más humilde. Para ser un digno aliado de los ángeles esta excelsa virtud no debe verse corrompida por la soberbia. Ya sabemos que han existido personas «puras como ángeles, pero soberbias como demonios[65]». La impureza es castigo del orgullo[66], la pureza es el premio de la humildad. La humildad, modesta y sencilla reparará el orgullo obsceno. Con la humildad unida a la pureza, como el alma al cuerpo, llega la oración y la reparación al cielo por aquellos que están más necesitados de la misericordia de Dios[67]. Si por gracia de Dios alguna de estas dracmas perdidas pudiera ser hallada, nos alegraremos mucho, «de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte[68]». El gozo angélico es inmenso, no solo por ver que esas almas serán acreedoras de la gloria, sino también porque se verán libres del castigo atroz

[63] Rom. I, 32.
[64] I Cor. IV, 9.
[65] Frase del arzobispo de Paris Hardouin de Péréfixe sobre las religiosas de Port-Royal.
[66] Rom. I, 18-32.
[67] Jaculatoria que nos enseñó la Virgen Santísima en Fátima: «oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia».
[68] Lc. XV, 10.

reservado a los ángeles rebeldes[69]*, que «no supieron conservar su preeminencia y abandonaron su propia morada*[70]*». A estos tales demonios que alientan a sus secuaces a vociferar por las calles el más abyecto de los orgullos, y a todos los variopintos Herodes que pretenden mancillar la pureza, matar la inocencia, los condena el Señor, y los ángeles vengarán su honor atando a sus cuellos una piedra de molino para hundirlos en lo más profundo del mar*[71]*. Esta condenación se hace eco de esta otra dirigida a Judas: más le valiera no haber nacido*[72]*. Al alzar el cáliz que ofrece al Padre la sangre redentora del Hijo por la remisión de los pecados, apelo al último argumento que nos resta ante situaciones extremas, como fue el caso del Señor en la Cruz: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*[73]*». La ignorancia humana es la única coartada para alcanzar la misericordia divina, ante crímenes inexcusables. En cambio, a los que, por su pureza, son el cortejo del Cordero, siguiéndole donde quiera que vaya —a todos aquellos que lavaron su túnica en la sangre del Cordero*[74]*, porque «los que no son puros por la inocencia han de volverse puros por la penitencia»—, les asegura un lugar de vida en lo más alto de los cielos.*

Ruega a tu Ángel Custodio que te ayude a vencer las tentaciones, inspire a tu alma nobles ideales, te socorra en las tribulaciones y te acompañe. Cuando te acerques a recibir el Pan de los Ángeles, pídele a tu Ángel que te disponga a dar a Dios Eucaristía —el Pan que engendra vírgenes— la adoración y reparación que le debemos, como el Ángel de la Paz enseñó a Jacinta, Lucía y Francisco en el Cabeço, te ayudará también a ti. Como un eco de lo que ordena el sexto mandamiento, encontramos la bienaventuranza que nos dice: «Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios[75]*». Ver a Dios es el mayor de todos los premios que Nuestro*

[69] II Pe. II, 4. « Porque Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en el infierno y los sumergió en el abismo de las tinieblas, donde están reservados para el gran Juicio».
[70] Jud. I, 6.
[71] Lc. XVII, 2.
[72] Mt. XXVI, 24.
[73] Lc. XXIII, 34.
[74] Apoc. VII, 14.
[75] Mt. V, 8.

Señor promete a los bienaventurados que cantarán eternamente las glorias del Señor, a quien alaban los ángeles, adoran las dominaciones, tiemblan ante su majestad las potestades, los cielos y los ejércitos celestiales y los bienaventurados serafines celebran con júbilo: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos[76]».

GENERALA DE MILICIAS ANGÉLICAS

Cuando Nuestro Señor le pidió a San Francisco en la Porciúncula que reconstruyera la Iglesia que estaba en ruinas, vino en su ayuda la Santísima Virgen María, la cual se le apareció rodeada de los nueve coros de Ángeles que le rendían pleitesía, porque Ella es la Gratia Plena. Más pura que los ángeles la hizo Dios para que sea la Madre Virgen del Señor. Desde su Inmaculada Concepción, los Ángeles fueron colmados de admiración, gozo y veneración a María. Desde el cielo enjambres invisibles, constelaciones siderales de ángeles surcaron los aires dejando el invisible rastro de su luz entre la aurora y el ocaso, y por la noche, con el incandescente fogonazo de una estrella fugaz, entraban raudos en nuestra atmósfera para velar su cuna. Bajaban y subían por la escala del sueño de Jacob, que plantada en la tierra se apoya en el cielo[77]. Los mismos, celestes juglares, exultando de gozo anunciaron a los pastores que había nacido el Mesías y cantaban: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad![78]». Esos ángeles que sirven y aman a su Reina, en razón de su excelsa dignidad, están listos y dispuestos a ejecutar sus órdenes porque Ella es la Omnipotencia Suplicante. Así mismo, a los ángeles caídos les

[76] Is. VI, 2-3 y prefacio común de la Santa Misa.
[77] Gn. XXVIII, 12.
[78] Lc. II, 14.

invade el terror: «¿Quién es esa que surge como la aurora, bella como la luna, resplandeciente como el sol, imponente como escuadrones en orden de batalla?»[79]*. Ella es la que le aplastó la cabeza a la serpiente infernal*[80]*. Querido Pelayo, acude a la Virgen María con la confianza de un hijo y ruégale que envíe sus escuadras angélicas, para que repriman la audacia del enemigo infernal, para que se aleje de tu alma, de tu hogar y tu familia, de tu patria y compatriotas, de la Iglesia y todos sus fieles.*

Con todo mi corazón deseo, querido Pelayo, que permanezcas siempre fiel a tu aliado celestial, pues de su parte nunca te faltará su lealtad inquebrantable. Ya no te cerrará el paso ningún querubín con espada flamígera cuando llegue la hora de entrar en el paraíso[81]*. Con él, y por él acompañado —como nos dejó hermosamente representado Fra Angélico— llegarás a las cimas de la gloria. Allí encontrarás todo aquello que Dios te tiene preparado, que ni oído oyó ni ojo vio, ni jamás te lo habrías imaginado*[82]*. Allí te recibirán la Santísima Trinidad, la Virgen María, los nueve coros angélicos, todos los santos y, por supuesto, allí te estará esperando para darte un enorme abrazo tu santo patrón, tu amigo y modelo, San Pelayo.*

Padre José Ramón Ma. García Gallardo.

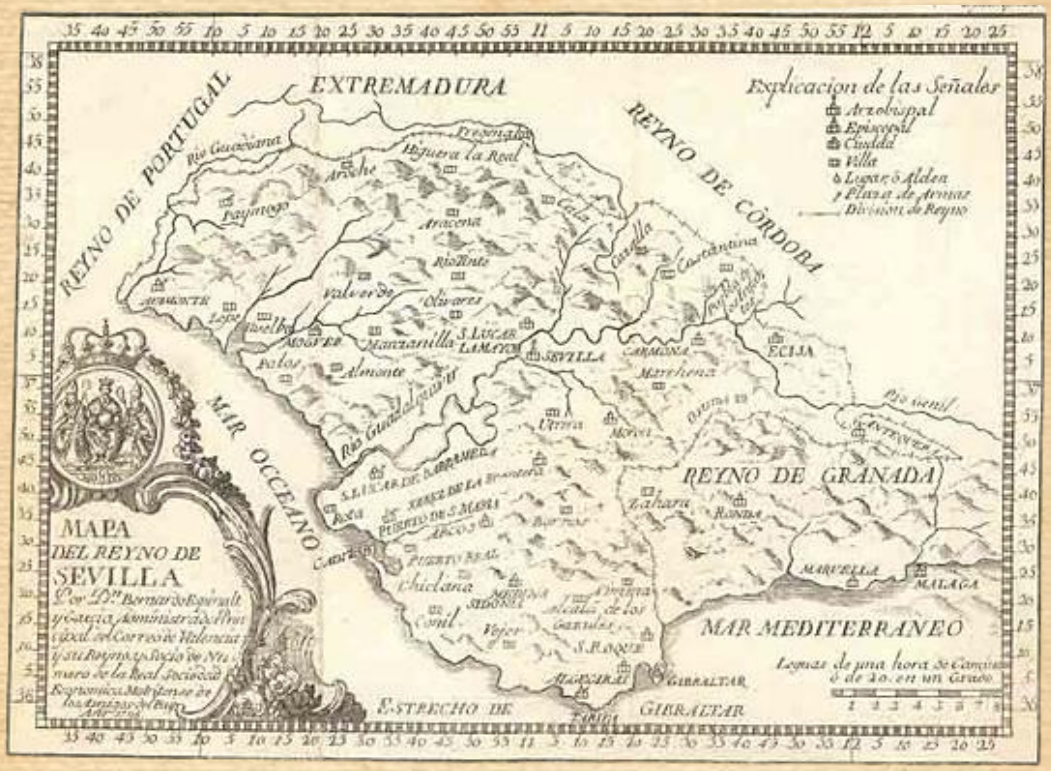
[79] Cant. VI, 10.
[80] Gn. III, 15.
[81] Gn. III, 24.
[82] I Cor. II, 9.

Francisco Xavier de Aguilera

El caballero fiel a Dios y al Rey

Espada en mano, cruz al pecho y de una fidelidad inquebrantable, Aguilera fue uno de esos hombres que no se doblegan, ni ante el exilio, ni ante la derrota, ni ante el olvido. Porque hay luchas que se libran con honor aunque no traigan victoria. Y hay nombres, como el suyo, que se graban a fuego en la historia de las Españas.

Francisco Xavier nació en Sevilla el 8 de diciembre de 1795, en una ciudad entonces vibrante y cargada de historia, pero pronto desgarrada por los vientos de guerra. En 1808, cuando tenía solo 13 años, estalló la Guerra de Independencia contra Napoleón, y no tardó en empuñar las armas. Lo hizo como cadete del ejército real, y desde entonces, nunca volvió a soltar la espada.



El joven Aguilera aprendió pronto que la lucha no era solo física; era también espiritual, cultural y política, la lucha por Dios, por la Patria y el Rey. Veía con dolor cómo se deshacían las antiguas lealtades, cómo el mundo tradicional era empujado hacia la revolución. Y él, fiel a la monarquía legítima, a la fe católica y a la vieja España, se juró a sí mismo que jamás traicionaría lo que había jurado defender.

La gran gesta de Aguilera comenzó en 1833, cuando murió Fernando VII y estalló la Primera Guerra Carlista. Frente a la

sucesión de la vil usurpadora Isabel (que los traidores llaman II), apoyada por los liberales, muchos españoles, sobre todo en el norte, proclamaron rey legítimo a Carlos María Isidro, hermano del difunto monarca Fernando VII. Nacían así los españoles de hoy, que defendemos la monarquía tradicional, los fueros y la unidad católica de España.

Aguilera, como muchos nobles andaluces leales al viejo orden, no dudó; cruzó los Pirineos para sumarse a la causa del rey Carlos V. Allí se convirtió en uno de sus generales más distinguidos, tanto por su brillantez táctica como por su ejemplo moral.

Uno de sus compañeros dijo una vez de él:

«No manda con la voz, sino con el alma. Cuando Aguilera avanza, los soldados le siguen como si fueran tras una bandera viva».

Durante la campaña de Navarra, una noche fría y oscura, el campamento carlista fue sorprendido por una escaramuza liberal. Los soldados, agotados y hambrientos, vacilaron. Aguilera, sin armadura, se lanzó a caballo con un farol en una mano y su espada en la otra. A gritos, animó a sus hombres;

—¡En pie! ¡Que los que luchan por Dios no duermen mientras el enemigo avanza!

Su figura iluminada por la luz temblorosa del farol fue como un ángel que bajaba a la tierra. El contraataque fue fulminante. Recuperaron la posición, pero Aguilera quedó herido. Aun así, al amanecer, montó de nuevo su caballo y pasó revista.

En otra ocasión, encontró a un oficial joven llorando tras la batalla de Oriamendi. Su hermano había muerto. Aguilera lo abrazó como a un hijo y le dijo:

—El dolor es el precio de los que aman. No llores por haberlo perdido, sino por no poder morir con él.

Cuando la guerra terminó en derrota para los carlistas, Aguilera rechazó todo perdón, toda oferta de reconciliación del régimen liberal. No quería ni honores ni títulos de un poder que consideraba ilegítimo. Prefirió el exilio y el olvido, antes que traicionar sus principios.

Vivió en Francia, en tierras extrañas, pobre, sin fortuna, pero con el alma intacta. Nunca renegó de su fe, ni de su rey, ni de sus compañeros caídos.

Años después, en 1849, regresó discretamente a Sevilla. Ya anciano, paseaba por las calles con paso sereno, sin pedir nada, sin

exigir reconocimiento. Muchos lo veían como un viejo raro. Pero los que sabían la verdad, lo miraban con respeto. Porque era uno de los últimos caballeros de una época de gigantes.

Murió el 4 de febrero de 1875, a los 74 años. Casualmente —o quizás no tanto—, ese mismo año se restauraba la monarquía borbónica en la figura del usurpador Alfonso (que los traidores a España llamaron XII).

En su funeral, dicen que un anciano anónimo gritó:

—¡Muere un soldado de Dios, no un general cualquiera!

Y otro, que había combatido a su lado, dejó una flor en su ataúd con una nota que decía:

«Fuiste más que un soldado: fuiste un testigo del cielo».

En un mundo donde muchas veces la verdad se diluye y donde se celebra el éxito fácil, la figura de Aguilera brilla como una estrella lejana pero viva. Nos enseña que la coherencia, el sacrificio y la lealtad valen más que las modas pasajeras. Que se puede perder una guerra, pero no perder el alma.

Francisco Xavier de Aguilera fue, ante todo, un hombre que no vivió para sí, sino para la Santa Causa. Y eso lo hace inmortal.

Juana Galán

La Galana

En una época donde la guerra llenaba de miedo hasta los rincones más pequeños de España, una joven sin armas ni ejército se convirtió en leyenda viva. No llevaba capa ni armadura, pero su nombre —Juana Galán— quedó grabado en la memoria como un eco de valor.

Juana era una muchacha de Valdepeñas, un pueblo manchego. nacida el 25 de octubre de 1787. Era la mayor de siete hermanos, nacida en una familia que regentaba una gran casa con fonda y taberna a la entrada de su villa por lo que se la consideraba la mujer mejor informada de la villa.

En 1808, Valdepeñas, parecía condenado a sufrir la furia de las tropas napoleónicas, de los «gabachos» Tenía solo 20 años, pero su espíritu era más viejo que el miedo. Mientras otros temblaban o se refugiaban en iglesias, ella salía a la plaza con el pelo trenzado y la determinación en los ojos.

Se cuenta que cuando los jefes del pueblo hablaban de entregarse sin luchar, Juana golpeó la mesa y gritó;

—¡Antes muertas que pisoteadas por esos perros franceses!

El 6 de junio de 1808, llegó la hora. Se oían a lo lejos los cascos de los caballos franceses, el retumbar de los tambores, las órdenes en una lengua dura. Los soldados imperiales entraban en Valdepeñas como quien pasea por su jardín.

Pero algo no encajaba. Las calles estaban vacías, demasiado tranquilas. Los soldados se miraban, desconfiaban. Y entonces...

Desde las ventanas, llovieron piedras, aceite hirviendo, agua caliente y hasta abejas

encerradas en cántaros que fueron lanzados a los invasores. Los soldados gritaban, corrían desorientados.

Y entre el humo, el estruendo y los chillidos, apareció Juana Galán, bajando corriendo las escaleras de su casa con una sartén de hierro en la mano, el mandil atado y la rabia de mil pueblos en la mirada.

—¡¡No pasarán!! —rugió, lanzándose como un trueno sobre un soldado francés.

Le rompió la mandíbula de un golpe. Cayó como un muñeco. Otro intentó detenerla, pero Juana giró sobre sí misma, como si bailara una danza de guerra, y le golpeó en el pecho con tal fuerza que el hombre cayó de espaldas y no se levantó.

No estaba sola. Otras mujeres del pueblo la seguían, empujadas por el ejemplo, por el fuego que ella había encendido. Una madre con una escoba, una niña con una piedra, una abuela con una olla. Las calles se volvieron campo de batalla.

Los franceses no podían creer lo que veían; ¡un pueblo entero luchando sin armas, sin miedo, sin rendirse! Las mujeres peleaban como leonas, los hombres salían de sus escondites, y los invasores, incapaces de

controlar la situación, se vieron obligados a retirarse, derrotados por el coraje popular.

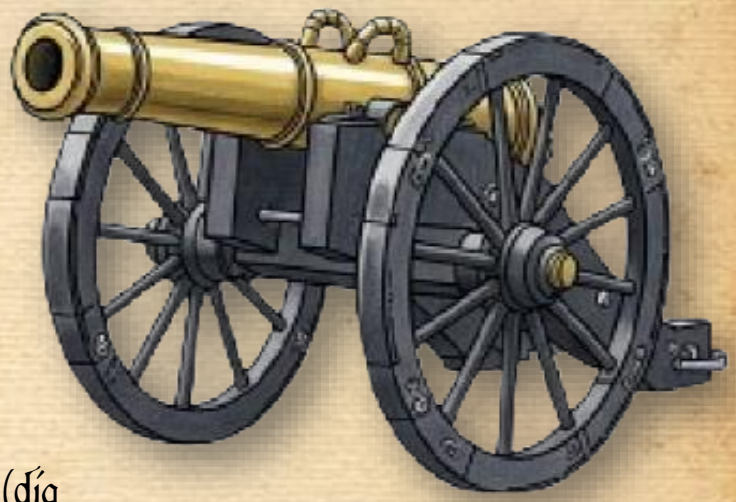
Juana quedó herida, con las manos quemadas por el aceite, las piernas cubiertas de golpes. Pero no lloró. No pidió ayuda. No se quejó. Caminó por la plaza cuando todo acabó y se plantó en el centro, con la sartén todavía humeante en la mano.

Un anciano se le acercó temblando;

—Hija... ¿qué hemos hecho?

A Juana, sin levantar la voz, respondió;

—Hemos hecho historia.



Juana Galán contrajo matrimonio el 2 de mayo de 1810 (día que se cumplía el segundo año de la declaración de guerra) con Bartolomé Ruiz de Lerma, natural de Valdepeñas, con quien tuvo dos hijas. A causa de su último parto falleció. Juana vivió poco, murió con apenas 24 años, el 24 de septiembre de 1812, el mismo día en que se declaraba La Mancha liberada de las tropas de Napoleón.

Pero su vida fue tan intensa que prendió fuego en las almas de los españoles. Nunca pidió honores, porque no hay mayor honor que derramar la sangre por Dios, la Patria y el Rey. Su estatua sigue allí, de pie, firme, como si en cualquier momento fuera a levantar su sartén, clamando: «¿De qué tenéis miedo?»

DE COLEGIOS Y EXÁMENES

El director Hughes, estaba contrariado. Finalmente, había aceptado la invitación de O'Neill, e iría a una tertulia junto con Arrieta. Con derecho a jubilarse desde hace algunos años, Hughes era un director de colegio absolutamente entregado a su oficio. Todas sus ilusiones e ideales estaban cifrados en la formación de aquellos muchachos llamados a ser dirigentes en cada uno de sus ámbitos. Inflexible, severo e inaccesible, tenía empero la rarísima particularidad de ser hombre de una honestidad intelectual asombrosa. Aplazaba sin consideración a cualquier alumno que respondiera mal un examen por no haber estudiado. Pero era capaz de convocar a una reunión de especialistas en arquitectura, si algún alumno de buena fe, sostenía que el estilo de la abadía de Cluny, no era románico, sino gótico primitivo. El desasosiego lo acompañaba, hasta saber, a ciencia cierta, si aprobaba o

corregía. Entonces, como liberándose, escribía *la abadía de Cluny*, se considera una obra de transición entre el estilo románico y el gótico temprano, sintiendo que, en sus intestinos se desanudaba algo y sonriendo, se acomodaba el saco e insinuaba un levísimo movimiento casi casi como quien se despereza. Sabía que a partir de ese momento se sentiría mejor. Quizá fuera por su misma forma de vivir lo cotidiano, ordenada y metódica, Quizá fuera por fragilidad estomacal y nerviosa, el caso es que todo lo que saliera de sus esquemas, y lo obligara a vivir algún momento de desasosiego, le producía cólicos. Era infalible. Sucedía poco a menudo, pero cuando pasaba, no existía medicina capaz de solucionar sus problemas intestinales. Perdía el sueño y el apetito, hasta tanto pudiera aclarar aquello que lo desestabilizaba. Sus cólicos podían ocurrir por los motivos de lo más trivial, y aunque su puesto de director lo mantenía generalmente alejado de alumnos o profesores díscolos, periódicamente alguno turbaba su rutina.

También podía pasar que el desarreglo surgiera, no en el ámbito laboral, sino doméstico. Como aquella vez que su viejo criado le compró y puso en la maleta cinco camisetas sin manga, como las que usaba desde tiempos juveniles, pero equivocó la elección, y en vez de ser cien por ciento algodón, compró unas que poseían (horror de horrores) un alto porcentaje de poliéster. El pobre Hughes, en aquel viaje, creyó enloquecer. Todo el cuerpo le picaba como si lo hubieran atacado un batallón de piojos. No podía dormir. Las conferencias que debía dar fueron incomprensibles. Quien las escuchaba, vivía una pesadilla. En algún momento evaluó la posibilidad de ir, él mismo, a comprar camisetas. Pero descartó inmediatamente esta insensatez. Sólo de imaginar pedirle a la muchacha que atendería el comercio camisetas sin mangas como para él se ponía colorado. Llegó a pensar que lavándolas mejorarían y lo hizo en el lavabo del hotel, con el pequeño jabón de cortesía que encontró junto a su toalla. Las colgó cerca de la calefacción, en el respaldo de una silla. Montó guardia hasta que estuvieran secas, temeroso de provocar un incendio. Pero no funcionó. Las camisetas le producían picazón igualmente. Intentó usar la camisa de su traje, directamente sobre su pecho, sin camiseta. ¡Imposible! Por más que añadía abrigo externo, no podía quitarse la sensación de frío.

¡Hay que días más largos! Encima, claro está... los cólicos. Porque aquellos desórdenes le producían cólicos.

Y ahora, este Arrieta, que lo había desestabilizado, no con una respuesta trivial y distinta en su examen, sino con un arsenal de teorías destructoras de su edificio histórico. ¡Si pudiera reprobarlo sin más pruritos! Tenía técnicamente la posibilidad de hacerlo. Pero dos cosas lo disuadían, una, la realidad de que Arrieta había sido admitido en el colegio a

partir de la exigencia del patrón de su tío. Personaje excesivamente influyente como para desconocer su poder. Y, segundo...los cólicos...

Las respuestas de Javier eran, sin dudas, inusitadas, pero no eran fáciles de ignorar para alguien de la severidad intelectual de Hughes. Reprobarlo hubiera representado posiblemente condenarse a interminables dolores de barriga.

Este muchacho argentino parecía querer batir marcas de insolencia. Y O'Neill, claro; porque no escapaba a Hughes que el viejo profesor apenas podía reprimir gritos de júbilo cada vez que las respuestas de Javier desconcertaban al pobre director.

Estos irlandeses, decididamente no eran de fiar... Por esto, había acordado con O'Neill, una reunión donde también participara Arrieta. Debía ser un miércoles a la caída del sol. El sitio lo había elegido O'Neill previniendo que no lo conocía demasiado, pero cumplía los requisitos exigidos. Un sitio apartado, distendido, donde pudieran en un ámbito amigable conversar y profundizar todas esas "herejías" que el muchacho había incluido en el examen. Mientras, el escrupuloso director dejaría en su escritorio sin definir, las notas de Javier.

En la dirección ponía "Irish pub Triskel". Y las coordenadas de un barrio algo rústico de las afueras londinenses. Iría en taxi, esto estaba claro. Pero... ¿cómo se vestiría?

Hace muchos años que no iba de caza, y de este modo, había dejado de usar aquella ropa de excursión razonablemente adecuada para ir, indistintamente a matar venados, a conocer el Amazonas o a reunirse en un pub con un irlandés y un argentino.

Optó por una chaqueta verde modelo Príncipe de Gales, pantalones grises de gabardina, y, reemplazando su paraguas, un bastón estoque. Nunca se sabe. Cuando uno se aventura a zonas poco seguras, hay que ir preparado para todo.

Cuando le dijo al taxista la dirección a la que debía ir, tuvo el reflejo de preguntar ¿Es lejos?, ¿hacia dónde queda? (Le preocupaba la idea de que aquel señor taxista imaginara que el frecuentaba aquellos sitios).

El trayecto transcurrió sin novedad. Aunque Hughes se consideraba a sí mismo Lord Byron o algún personaje digno de Stevenson, internándose en tierras hostiles y desconocidas. Al llegar, O'Neill ya se encontraba esperándolo. Realmente, para ser un lugar que no conocía, el irlandés se había habituado bastante pronto. Algunas latas de cerveza, una revista deportiva, y un partido televisado de rugby, habían amenizado la espera.

—¿Ha llegado el muchacho? —preguntó Hughes, mientras se quitaba el loden austríaco con el que había completado su atuendo teóricamente informal.

— Aún no —respondió O'Neill— pero no creo que tarde, estamos en horario e imagino que vendrá cuando lo dijo, es decir, más o menos en 20 minutos.

— Le agradezco la elección del lugar —dijo ambiguamente el director— no acostumbro a frecuentar antros tan simpáticos como este, se está bien aquí.

— Le aseguro que yo mismo no he venido más que alguna vez, pero como queda cerca del club de Arrieta, y equidistante de nuestras casas, pensé que serviría.

Ayudó al director a quitarse el abrigo, y, luego le ofreció una silla, mientras el mozo se acercaba solícito a preguntar que iba a tomar.

Ya sentado, Hughes observó a su alrededor. Todo estaba decorado en tono verde oscuro, madera y simbología celta. No estaba mal, aunque el volumen del relator de rugby, sin duda podría ser menor.

— ¿Qué tomará el señor? — inquirió el mozo

— Primero usted O'Neill— cedió Hughes cortés— ¿quiere mirar la carta?

— No se moleste- terció el mozo— el tomará su habitual cerveza de las siete.

—Bueno— pensó el director, mientras O'Neill se preguntaba por qué todo el mundo hablaba de más— realmente lo conocen bastante para ser la primera vez que viene.

Y añadió en voz alta:

— Tráigame, por favor, un té, indio en hebras, con limón y edulcorante.

Esta vez fue el mozo el que buscó la mirada del irlandés para reprocharle ¿es necesario que traigas estos personajes?, pero O'Neill, astuto, bajó los ojos para evitar traicionarse con sus indóciles ataques de risa.

— O'Neill, sé que es poco habitual que un director se reúna con un alumno heterodoxo y con un profesor que lo protege. Menos aún en sitio más digno de jarana que de una conversación profunda. Pero, en fin, así se ha dado... Usted no ignora que el nivel de incompatibilidad de las respuestas que su alumno dio y que usted validó, a pesar del ideario

del colegio, me habilita a suspender a Arrieta y despedirlo a usted. He dedicado mi vida a la formación de muchachos llamados a ser dirigentes en cada uno de sus ámbitos. Por las aulas del Harrow han pasado premios nobeles, ministros, reyes, presidentes, banqueros y empresarios. Yo estoy en edad de jubilarme hace ya unos años, pero viudo, y sin hijos, tomé como una obligación moral, trabajar aún en la creación de esta élite gobernante del mundo. Siempre lo hice convencido. Y ahora usted y Arrieta han desafiado todos los puntales de mi edificio. ...por eso quiero saber más, antes de tomar una decisión.

El director hizo una pausa, echándose hacia atrás y plegando el brazo izquierdo, para que el mozo pudiera ofrecer la bandeja con el té y las galletitas danesas, gentileza de la casa.

— Cuénteme O'Neill ¿de dónde sale este muchacho? Ahórrese la historia de porqué acaba en el Harrow, ésa la sé. Explíqueme dónde estudió.

— Señor director, la verdad es que la historia es larga, para empezar le diré que este muchacho proviene de una familia católica de Argentina. Con raíces hispánicas. Pero, sobre todo, de ámbitos tradicionalistas.

— Defíname esto último por favor— pidió Hughes mientras limpiaba discretamente la cucharita con su pañuelo, antes de revolver el té.

—Señor Hughes, usted sabe muy bien, que la Iglesia Católica Romana, sufrió la escisión de la reforma protestante. Durante cuatro siglos, hubo una pugna entre la Iglesia reformada, y las huestes fieles a Roma. Hoy, esa lucha se ha abandonado. ¿No le sorprende? ¿No ha pensado que el arrollador éxito que tienen sus alumnos en el mundo actual (y más aún si nos fijamos en las últimas décadas) se debe quizá a que los católicos han abandonado la lucha, y de algún modo se han sumado a la cosmovisión protestante? Bueno hay algunos católicos que lo entienden así. Este muchacho proviene de un humildísimo colegio de esos llamados católicos tradicionales. Aunque si me lo preguntan a mí, creo que debieran ser llamados católicos a secas.

— ¿Humildísimo colegio?, ¡por favor, O'Neill!, créame que si lo que se busca es formar jefes, ya quisiera yo entender cómo funciona esa escuela. Igual —añadió Hughes luego de amagar probar el té y desistir esperando que se enfriara— por el colegio han pasado cientos de alumnos católicos. Incluso de usted, por cierto, jamás ignoré esta condición. ¿Por qué O'Neill, con este argentino usted ha tomado una posición que le pone en riesgo de perder su trabajo, y tener que alimentar su prole con lo que gane mendigando?

— Señor director— empezó el irlandés, no sin antes bajar en un tercio el enorme vaso de cerveza que acomodaba nervioso— usted sabe que soy descendiente de aquellos

nobles irlandeses esclavizados por Cromwell. La mayoría de los de mi familia murió trabajando en los cañaverales de Jamaica. El resto fue martirizado por permanecer fieles a Roma y a su catolicidad.

Solo un puñado logró sobrevivir, realizando aquellos trabajos que nadie quería hacer. Es cierto que por el colegio han pasado centenares de muchachos católicos. Pero todos estaban contaminados de modernismo. No sólo no precisaban mi protección, sino que hubiesen visto con muy malos ojos que yo les hubiera hablado de su catolicismo como algo virtuoso y santo distinto del anglicanismo reinante en el colegio. Perder mi puesto de profesor por ellos, hubiera sido como si me echaran, por no aceptar sólo siete días de vacaciones, alegando que me correspondía una semana. Son (o quieren ser) lo mismo. Todos han aceptado la cosmovisión protestante. El modernismo, que gangrena la Iglesia, tiene un tufillo inconfundible. Por esto, cuando apareció Arrieta, despertó en este profesor, ése viejo espíritu de católico que me une a él, del mismo modo que unía a mis abuelos con los suyos, quizá soldados de los tercios de Flandes.

La exposición de O'Neill había mantenido de tal modo en vilo al director, que éste mantuvo demasiado tiempo en el aire, a la altura de su boca, la taza de té. Dando como resultado que se le empañaran de un modo absoluto los anteojos. Mientras los secaba, O'Neill intentaba mirar por encima de su calva el resultado de un partido que al desconsiderado de Hughes no interesaba en absoluto.

—Hum— tosió el director— y dígame, esta gente, que usted nombra como tradicionalistas, ¿son numerosos?

—Jajaja, por supuesto que no. No es algo cómodo, hay que soportar que aquellos que han perdido la Fe o no les importa si sus hijos la pierden te miren sobre el hombro y te acusen de no ser católico. Sólo algunos lo soportan, y más cuando se proviene de un estamento social con presiones. Este colegio del que proviene Javier ha sido realizado a pulmón por un puñado de curas y seglares, que no disponían de recursos holgados para tremenda empresa... pero, en fin, creo que llega nuestro invitado.

En ese momento, la puerta del pub giró sobre sus goznes, dando paso a un muchacho de facciones proporcionadas y viriles. Traía puesta una boina colorada de hilo, que pasó de su cabeza a la mano, inmediatamente después de entrar al bar. Vestía pantalones grises de grafa, con botones a la altura del tobillo, y calzado de lona bordó. Nada en él recordaba al elegante joven de correctísimo traje- uniforme Burberry que acudía diariamente al Harrow.

— Buenas tardes director, buenas tardes, profesor, ¿llego tarde?, disculpen, realmente no pude realizar el trabajo de los caballos en menos tiempo...

— No te preocupes— respondió O'Neill— llegas tiempo, y además el director y yo no hemos perdido el tiempo. Pudimos conversar e incluso ver el partido, donde los Pumas vencieron finalmente a Inglaterra...

— Que alegría!, de todos modos, sé que en Rugby los ingleses don mejores— acotó Javier levantado los hombros y cerrando los ojos, como quien mete la pata, consciente del motivo de la reunión, y logrando hacer reír por primera vez al director.

Luego, entregó un termo al mozo, con la recomendación de que no estuviera tan caliente como la otra vez (algo que volvió a recordar a Hughes aquello de que prácticamente

no conocían el pub). Tomó una calabaza abierta en su parte superior, por la que introdujo hojas y palos. Completó con agua caliente, y sumergió un sorbete con filtro en la punta.

Lo entregó a O'Neill, quien chupó con tranquilidad, al igual que el mozo, que esperaba su turno parado tras la silla del irlandés, y sorbió —¡asco da contarlo! — sin pasar siquiera por la boquilla, el sucio repasador que tenía en el codo! Hughes alucinaba sin poder creer lo que veía. Esto era que Arrieta le ofrecía la calabaza como parte de un ritual aborigen, donde él claro está, no podría elegir. Lo tomó con terror, imaginando cuanto podía complicar este brebaje sus ya insoportables cólicos.

Afirmó el sorbete por el cuello del mismo, con fuerza. Temiendo que al chupar lo succionara y se le clavara en la glotis con calabaza y todo. Cerró los ojos. Y pensó:

Si lo que me va a explicar Arrieta no vale la pena, este irlandés, este argentino, y el que haya inventado este brebaje juro que lo pagarán muy caro .

(continuará)

Juan García Gallardo, Círculo Tradicionalista Río de la Plata

Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

Los padres de Clara y Santiago se han reunido en el salón de casa. ¿Qué les querrán? Están muy serios.

-Este año hace 1100 años - dijo su padre- que sufrió martirio vuestro santo Patrón. S. Pelayo, el mejor ejemplo de lo que sois, pelayos y jóvenes margaritas, y a mamá y a mí, nos gustaría contaros la apasionante vida de S. Pelayo, para que nunca la olvidéis y vuestras vidas sean vida de Fe como la suya.

¡Y tenían la visita de la abuela!

Menuda sorpresa; ella siempre sabía de todo, pero esta vez traía una revista de Pelayos muy antigua.

¡Claro!, ella también era margarita, y el abuelo de pequeño fue un valiente Pelayo.

La revista hablaba de S. Pelayo, y llena de ilustraciones a todo color muy bonitas.

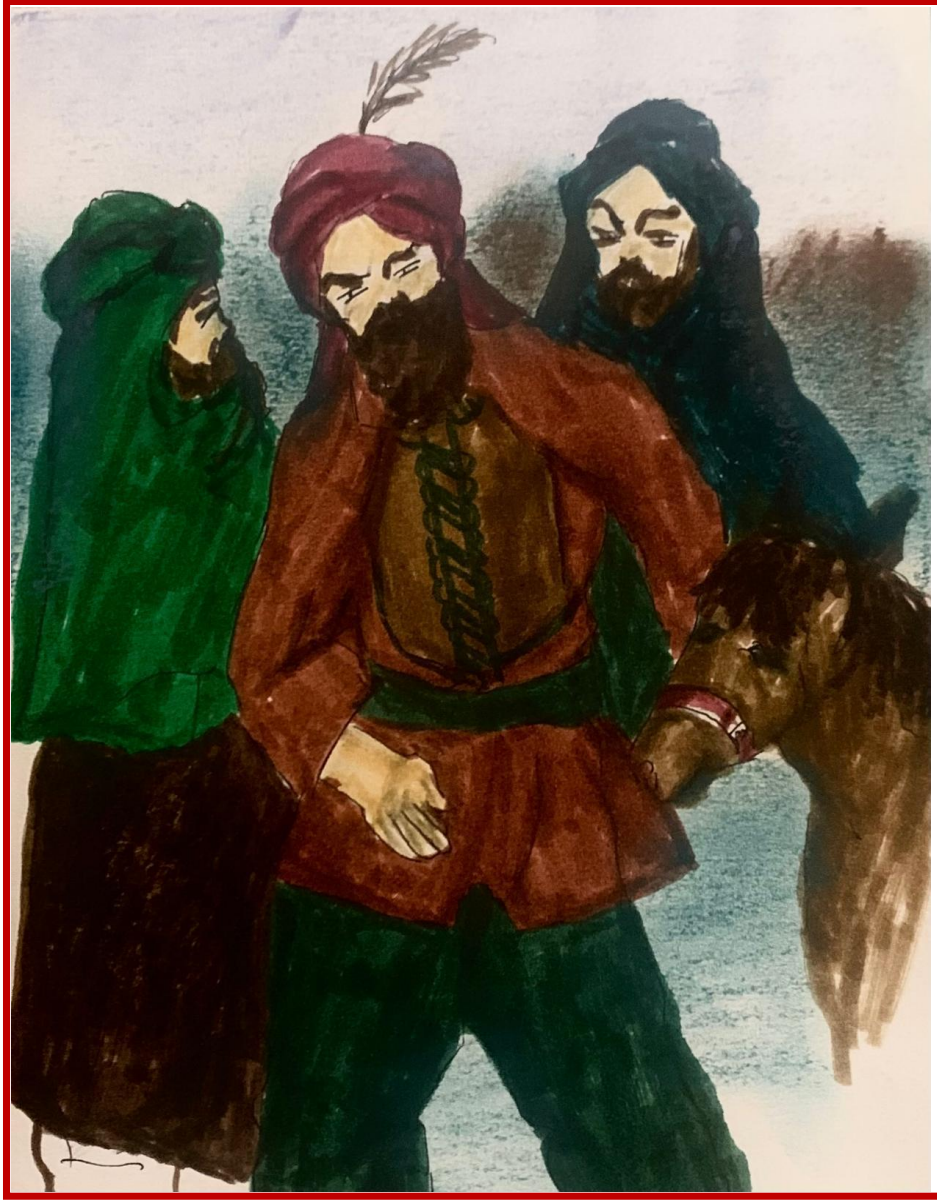
Silencio, escuchemos a la abuela contar la vida de nuestro santo Patrón.

Allá, en Galicia, hace 1100 años, en el siglo IX, cuando casi toda España estaba ocupada por los moros, por esos seguidores de Mahoma, enemigos de Cristo, vivía un joven llamado Pelayo. Era sobrino del obispo. Jugaba con sus amigos cuando terminaba de ayudar a sus padres, rezaba por las mañanas y por las noches, iba a Santa Misa y soñaba con reconquistar España para Cristo Rey.

Tuy, donde vivía, no era una gran ciudad, pero resistía al moro, y no se podía dejar de trabajar, porque siempre el enemigo acechaba.

El Rey Pelayo se lo había enseñado a todos los súbitos: cada momento del día se es soldado de la Cristiandad, y aunque no veamos el final de nuestra lucha, la vitoria estaba asegurada porque el Comandante en Jefe de los españoles era Cristo.

¡Y el llevaba su nombre!



Y esos moros odiaban a los cristianos con toda su sucia alma.

Sus pueblos y ciudades estaban llenos de mártires que morían a diario por su Fe, sin renegar de Dios, del Dios verdadero, no de ese dios falso que adoran ellos.

Ahora también los enemigos de la Fe quieren que traicionemos a Cristo, son esos modernistas que desean que olvidemos la Tradición.

Pero llegó el día de acompañar a su tío a la batalla contra los infieles. Allí estaba nuestro joven, al frente, junto a su tío, obispo. Recogía las armas de los caídos, traía más flechas, acercaba caballos de refresco a los de la primera línea del combate… recogió el estandarte con la Cruz, para que lo vieran los moros desde Arabia. ¡Cómo alzaba los brazos! ¡Y sin armadura que lo protegiese! Su única defensa el rezo del Ave María a pleno pulmón.

Pero fue llegó la derrota y fue capturado, junto a su tío. El Señor quería que, si fiel diese testimonio más alto, el Señor quería que ahora, tú, leyeses estas palabras para que seas como es él.

Pero no adelantemos el final.

Fue encarcelado en Córdoba, gobernando el pérfido Abderramán III. Se ofreció para que su tío, el obispo, lo libraran.

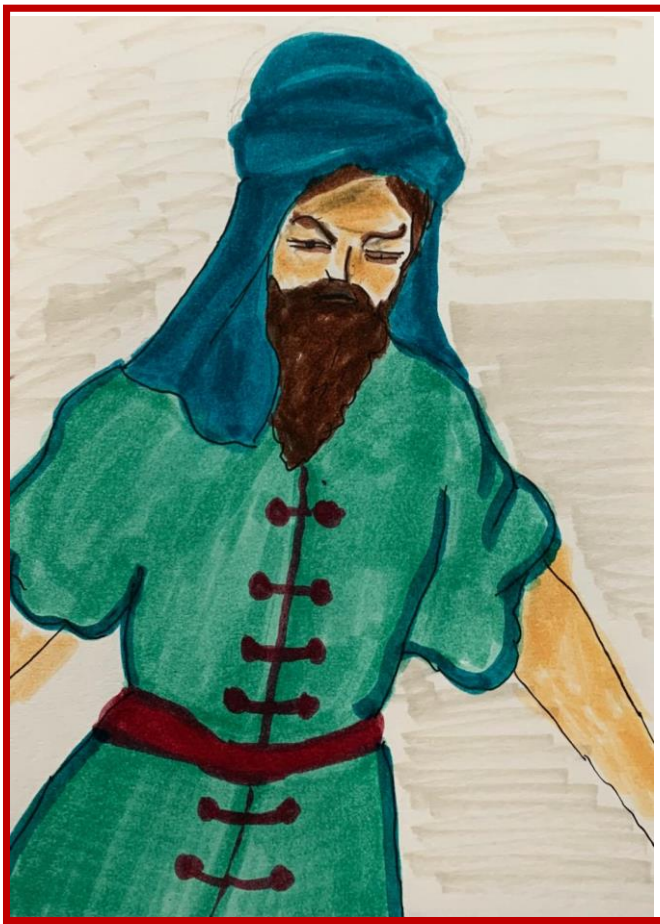
Allí paso años, en una celda, con otros presos. Pero no por eso perdió la Fe. ¿Porqué? Por que siempre tenía presente a Nuestro Señor Jesucristo.

Nunca dejó de rezar las oraciones de la mañana y de la noche, ni de saludar a la Virgen María, su Madre. Consiguió un Evangelio y lo leía todos los días unos minutos.

Tal era su Fe, que con unas ramas hizo una Cruz, y les hablaba de Cristo a los demás presos de la cárcel.

¿Tenía miedo? Ninguno.

Tal era su buen ejemplo, que muchos presos se convertían y abandonaban la superstición mahometana; y otros cristianos de la cárcel le seguían en su ejemplo, perdiendo todo miedo a morir por Cristo y por España.



Pero un día, vino el carcelero. El Califa Abderramán había oído que tenía un preso cristiano educado y buena presencia, y lo hizo llamar.

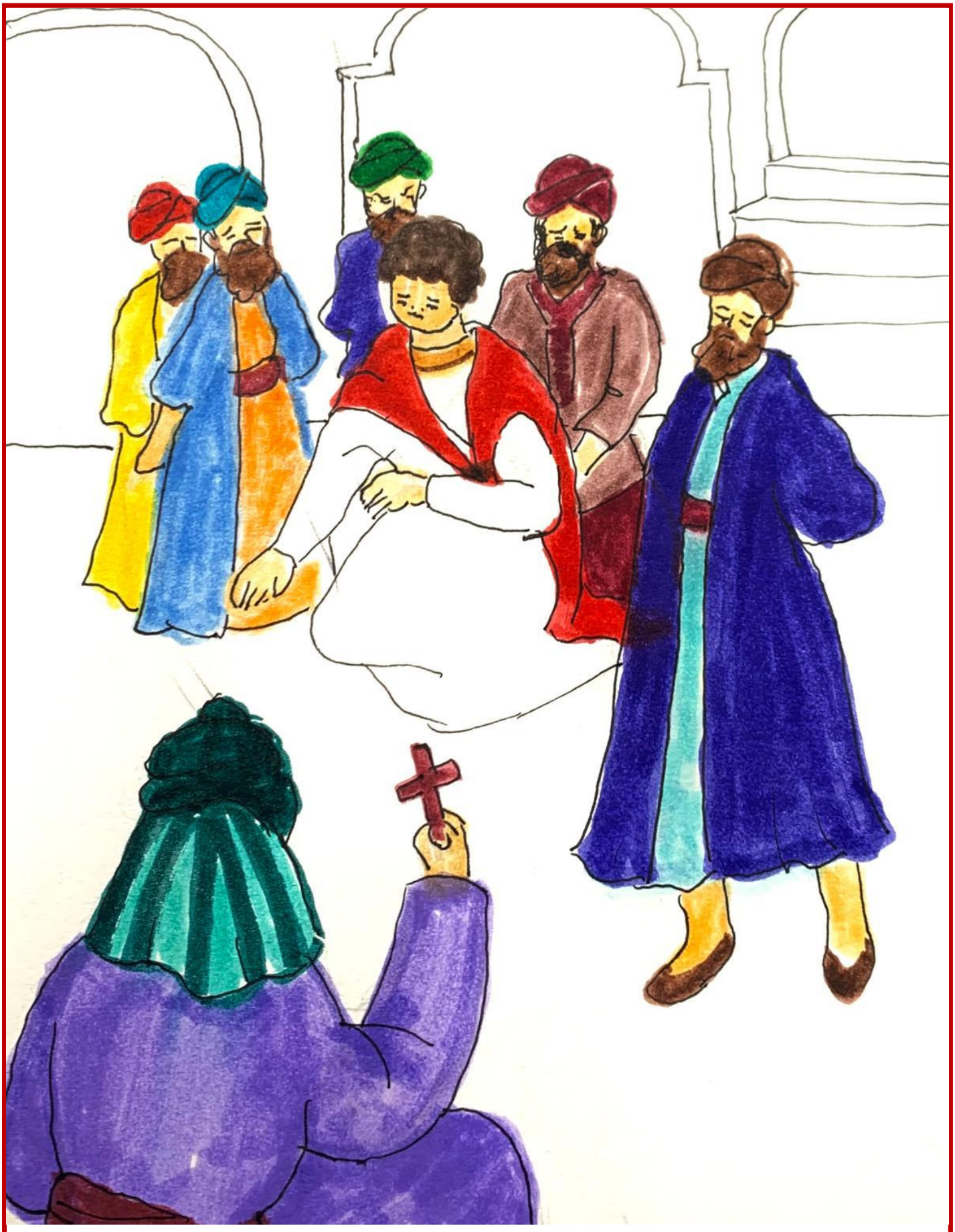
Ese cristiano era Pelayo.

¿Qué destino le esperaba a nuestro joven?

Pelayo estaba tranquilo, siempre en presencia de Dios.

No había sido manchado por el pecado mortal nunca, porque nunca dejó a Cristo Rey de lado, nunca se avergonzó de Él, nunca lo ocultó ni nunca lo traicionó.

Seguía llevando aquel estandarte con aquella gran Cruz que levantó en el campo de batalla.



Allí estaba aquel degenerado del Califa, mirándolo, con ojos de impureza.

- **¿Eres tú el joven cristiano que tenía esta cruz en su celda?, dijo el Califa.**
- **¡Sí!, respondió valiente Pelayo, desafiante.**
- **Si te portas bien conmigo, tendrás todas las riquezas que quieras: hermosas ropas, juegos caros, sirvientes, criados, y podrás hacer lo que quieras, replicó el Califa.**

El Califa insistía:

- Póstrate ante mí, y vayamos juntos a mis aposentos.

Toda su Corte estaba allí, observando como el Califa quería hacer perder la inocencia de aquel joven, que llevaba años en la cárcel y que tan famoso se había hecho.

El joven Pelayo, con la frente erguida y la mirada limpia, respondió con voz firme:

- Antes morir que ofender a mi Señor. No me postraré ante ti, que eres barro y ceniza, y menos aún te seguiré donde la vergüenza mora.

Un murmullo recorrió el salón. Algunos cortesanos desviaban la vista, avergonzados por el espectáculo. Otros reían con burla, creyendo que era solo altivez de un muchacho fanático. Pero el Califa frunció el ceño.

- ¿No sabes que puedo darte riquezas, libertad, placeres sin fin? ¿Que bastaría con una palabra tuya para que fueras el más honrado entre los míos?

Pelayo no titubeó:

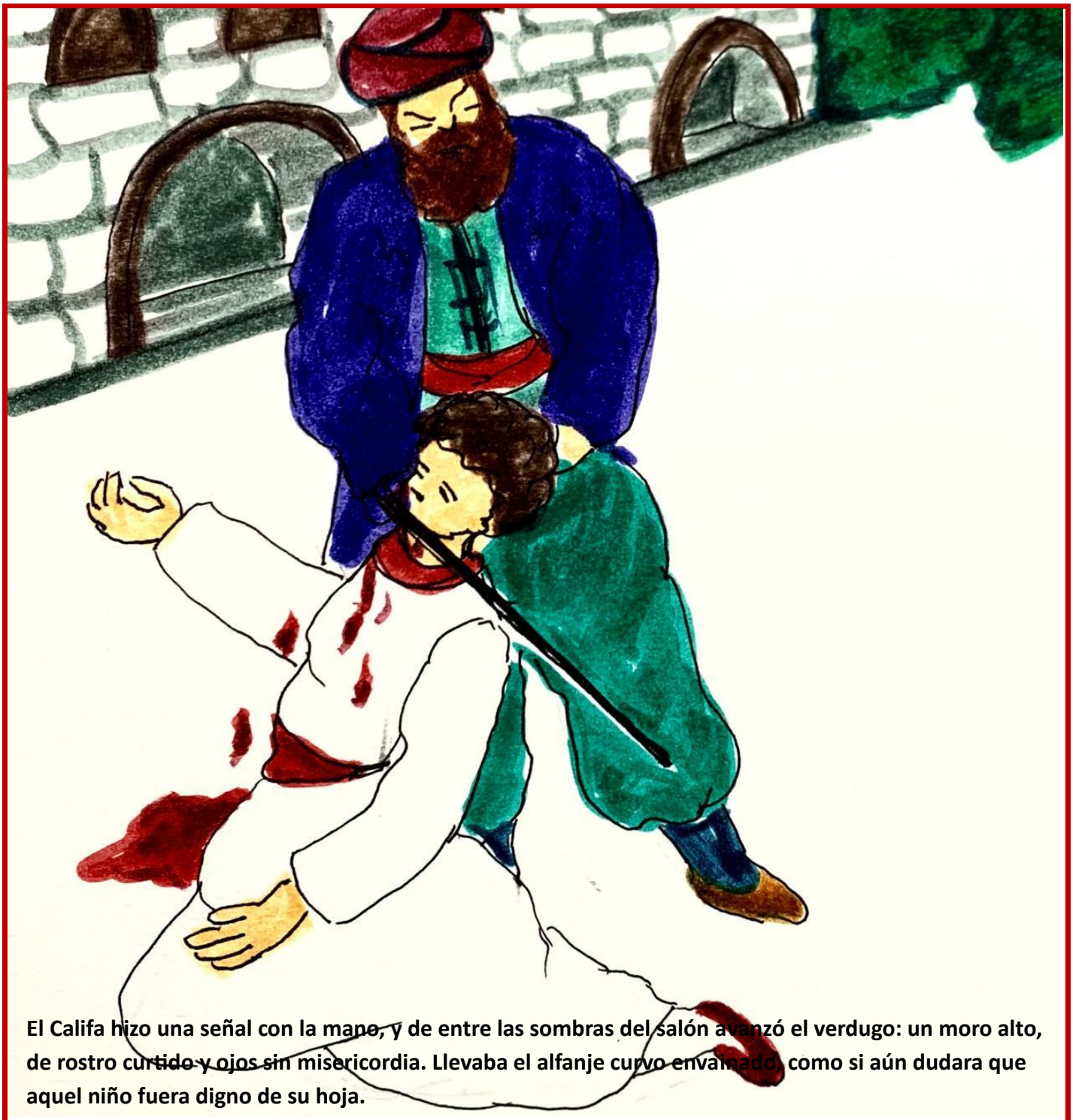
- Apártate de mi, alimaña Mi cuerpo está preso, sí, pero mi alma es libre en Cristo.

Un silencio pesado cayó sobre la sala. El Califa, enfurecido, se levantó de su trono y gritó:

- ¡Necio insolente! ¡Preferirás entonces la muerte!

Y Pelayo, sereno, como quien ve ya abierta la puerta del Cielo, dijo:

- Sea.



El Califa hizo una señal con la mano, y de entre las sombras del salón avanzó el verdugo: un moro alto, de rostro curtido y ojos sin misericordia. Llevaba el alfanje curvo envainado, como si aún dudara que aquel niño fuera digno de su hoja.

- ¡Al instante! —ordenó el Califa, sin volver a mirar a Pelayo.

Los soldados sujetaron al joven mártir. Pero Pelayo no ofreció resistencia. Iba como Cristo al Gólgota, sin odio, sin temor, con una paz que desarmaba. Solo pidió:

- Dadme un instante para orar.

El verdugo, sorprendido, dudó. El Califa no dijo nada. Y Pelayo, de rodillas sobre la alfombra del salón, alzó sus ojos al Cielo:

- Señor Jesús, recibe mi alma. Perdona a quienes me matan, y haz que mi sangre no caiga en olvido, sino que despierte a los que duermen.

El verdugo desenvainó su alfanje. Un relámpago de acero brilló en el aire. Y en un solo golpe, la cabeza del joven rodó por el suelo.

Ven, Pelayo, siervo fiel. Por tu pureza y tu valor, por no doblegar la rodilla ante el error, por confesarme ante los hombres, hoy reinas conmigo. Te corono como mártir, y te doy por herencia a todos los que, como tú, sean pequeños y valientes, castos y firmes en la fe. Serás patrono de los Pelayos y de las Margaritas, que en los siglos por venir lucharán con espíritu limpio y corazones ardientes. En medio de un mundo que querrá devorarlos, tú serás su ejemplo y su escudo.

Las Españas

Clara bajó del coche de un salto. El sol tejano era fuerte y el aire seco, pero olía a tierra buena, a libertad y a historia.

—¿Y aquí también hubo españoles? —preguntó Santiago, escudriñando el horizonte.

—Y sigue habiéndolos, joven amigo —dijo una voz grave tras ellos.

Era un hombre alto, con gafas oscuras, botas de cuero, camisa de cuadros bien planchada... y la inseparable boina roja.

—¿Y usted quién es? —preguntó Clara, un poco desconfiada.

—Soy Óscar, del Círculo tradicionalista Camino Real de Tejas. Bienvenidos a Tejas, parte viva de las Españas, tierra de vaqueros y de mártires.

D. Ignacio le abrazó con fuerza, y después todos saludaron uno a uno.

—Pero... ¿cómo que las Españas llegan hasta aquí? —dudó Santiago.

—Hijo, Tejas fue española durante más de un siglo. Aquí ondeó la Cruz de San Andrés, aquí vinieron franciscanos, soldados y colonos para fundar misiones, ciudades y familias cristianas. Hoy tenemos ciudades como San Antonio, Corpus Christi, El Paso, Amarillo, y condados como el de Béjar. ¿Habéis oído hablar del Álamo?

—Sí, claro, lo de las películas... —dijo Clara.

—Pues ahí murieron también hispanos fieles a su tierra. Y muchos otros fueron leales hasta el final al rey legítimo, contra los invasores y traidores. Mira —y les mostró un pequeño museo que habían montado en un local junto a la parroquia.

Dentro había un retrato de fray Antonio Margil de Jesús, una gran bandera con el escudo real, y una vitrina con libros, rosarios, y hasta una espada.

—Este lugar está viva nuestra fe, nuestra lengua y nuestra lealtad al Rey.

—¿Y hay muchos carlistas aquí? —preguntó Santiago con ojos grandes.

—¡Muchos! —respondió Óscar—, y estamos en comunión con vosotros. Cada vez que rezamos por España, pedimos por toda la Hispanidad, desde Tierra de Fuego hasta California, desde Baleares hasta Oviedo. Y claro, por vosotros, nuestros hermanos de allá.

Jarrón ladró alegre, como aprobando aquellas palabras.

—Así que, Santiago —dijo Óscar mientras salían a la luz del atardecer—, ¿creías que España se acababa en los Pirineos?

—¡No! ¡Ahora veo que sigue mucho más allá!

Todos rieron.

—La Hispanidad —concluyó D. Ignacio, levantando su brazo— no es cosa del pasado. Es una misión para el futuro. ¡Viva Cristo Rey!

—¡Viva! —gritaron todos, incluyendo a Clara, que ya se veía con boina roja y coraje en el alma.

El cielo tejano comenzaba a teñirse de naranja cuando el grupo, guiado por Óscar, llegó al antiguo convento de San José, una imponente construcción del siglo XVIII, levantada por frailes franciscanos españoles y manos indígenas.

—Aquí no sólo hubo evangelización —explicó Óscar—. Hubo civilización. Se fundaban comunidades, se enseñaban oficios, se hablaba castellano y se adoraba al mismo Dios.

Los padres de Clara y Santiago caminaban admirados por los patios empedrados y los muros de piedra blanca. Don Ignacio cerró los ojos un instante.

—Misiones, caminos reales, fuertes... las Españas dejaron huella dondequiera que llegaban. No veníamos a saquear, veníamos a edificar.

—¡Mirad esto! —gritó Clara señalando un escudo real labrado sobre una puerta.

—¡Y ahí hay una cruz de Santiago! —añadió Santiago con voz emocionada.

Jarrón, por su parte, correteaba alegremente por los jardines, sin perder de vista al grupo.

—¿Y esto aún es parroquia? —preguntó la madre de Clara.

—Aquí se celebra misa, sí. Pero si queréis ir a la Santa Misa de siempre… —Óscar les guiñó un ojo— mañana hay una cantada, en San Fernando. Es una de las pocas catedrales fundadas por españoles que sigue en pie.

Al día siguiente, vestidos con sus mejores galas, los seis cruzaron el umbral de la Catedral de San Fernando, en pleno corazón de San Antonio.

—Aquí rezó Santa Ana María Javouhey, aquí descansan los restos de algunos soldados españoles y… —se detuvo Don Ignacio— ¡mirad esa imagen! ¡Nuestra Señora de Guadalupe!

La misa comenzó con el Introibo ad altare Dei, y las voces del coro se elevaban entre los arcos góticos. Los niños se quedaron impresionados por la solemnidad, el incienso, el silencio profundo…

—Me ha parecido estar en el cielo —dijo Clara al salir.

—Era un pedacito del cielo —confirmó Óscar—. Y no olvidéis que fue en esta tierra donde se construyó el primer camino real del Norte, el Camino de los Tejas.

—¿Y los carlistas tejanos qué hacéis? —preguntó Santiago mientras caminaban junto al río.

—Lo que siempre hicimos: guardar la fe, conservar la lengua, sostener la verdad. Nos reunimos una vez al mes en torno a la misa tradicional, hacemos convivencias y editamos un pequeño boletín. Algunos también colaboran en restaurar antiguas tradiciones hispanas: la cabalgata de Reyes, procesiones del Corpus, con la ayuda de los Padres de la Hermandad sacerdotal de San Pío X…

—¡Nosotros también celebramos el Corpus! —gritó Clara— aunque este año la gente iba muy mal vestida…

Todos rieron, pero con un fondo de tristeza y rabia por las ofensas que se hacen al Señor en esa fiesta.

—Y tenemos un grupo de estudios hispánicos y católicos en la universidad —añadió Óscar—. Con nombres como Vázquez de Coronado, Cabeza de Vaca, fray Junípero Serra o Gaspar de Portolá. Porque si tú olvidas quién fuiste, no sabrás jamás quién eres.

Al caer la tarde, se acercaron al Álamo, esa antigua misión que tanto hablaba al alma.

—Aquí lucharon los dos bandos. Aquí hubo traición, pero también heroísmo. Muchos descendientes de españoles defendieron sus hogares y murieron con honor.

Clara se detuvo ante una placa que decía: "To the Spanish people who brought faith, order, and civilization to Texas" (A la gente española que trajo fe, orden y civilización a Texas).

—¿Nosotros somos esos españoles?

—Claro —dijo Don Ignacio con voz firme—. Sois lo mejor de su estirpe.

Esa noche, el Círculo carlista de Tejas preparó una velada para los recién llegados. En una finca a las afueras, entre faroles, tortillas y guitarras, se cantaron coplas a la Virgen de Guadalupe y hasta un crío pelirrojo recitó de memoria una romanza a Don Pelayo.

—¿Te has fijado, Santiago? —susurró Clara—. ¡Aquí también hay Pelayos!

Y de pronto, se alzó un grito que retumbó en el campo tejano como un eco eterno:

—¡Viva Cristo Rey!

—¡Viva! —respondieron todos, desde el más viejo hasta el más pequeño.

Madre de La Hispanidad

Santa María de la Cruz

La historia comienza en marzo de 1449, cuando una niña campesina de aproximadamente 12 años llamada Inés Martínez Sánchez vivía en Cubas de la Sagra (Madrid), dedicada al cuidado del ganado porcino en los campos de la comarca. Según las crónicas y testimonios recogidos siglos después, Inés fue visitada por la Virgen María en varias ocasiones entre el 1 y el 17 de marzo.

La Virgen se apareció vestida de blanco, sin corona, irradiando una luz intensa que asombró a la joven. Le transmitió un mensaje claro y urgente: que la comunidad debía arrepentirse de sus pecados y volver a Dios con sinceridad, invitando a una renovación espiritual en tiempos difíciles para Castilla, marcados por tensiones sociales y políticas.

La manifestación más sorprendente tuvo lugar cuando la Virgen le estrechó la mano a Inés, dejando impresa en sus dedos una cruz formada por el contacto de los dedos pulgar e índice. Esta señal, que pudo mostrarse a otros habitantes como prueba irrefutable, se convirtió en el símbolo central de la devoción a la Virgen de la Cruz, porque allí mismo, María clavó una cruz en el suelo.

Tras las apariciones, el lugar donde se produjeron se convirtió rápidamente en centro de peregrinación y oración. Los vecinos decidieron construir un altar, que luego se transformó en un monasterio bajo la advocación de Santa María de la Cruz, en honor a la señal dejada por la Virgen.

Este monasterio fue habitado por religiosas de la orden de las Clarisas, quienes dedicaron su vida a la oración, la contemplación y la atención a los peregrinos. El convento no solo se convirtió en un foco espiritual, sino también en un centro cultural y social que atrajo a la nobleza y a las figuras de poder de la época.

Entre las figuras más destacadas del monasterio destaca Juana Vázquez Gutiérrez (1462-1534), conocida como Santa Juana de la Cruz. Ingresó al convento en 1497 y desde entonces se distinguió por su profunda espiritualidad, sabiduría y firme liderazgo, lo que le valió ser nombrada abadesa.

Santa Juana no solo dirigió el convento con sabiduría, sino que también fue reconocida como consejera espiritual y política. Su influencia llegó hasta las cortes de España; el emperador

Carlos V, que gobernó el vasto Imperio español, y el cardenal Cisneros, una de las figuras religiosas y políticas más influyentes, acudían a ella para solicitar consejos (hasta cuatro veces).

Una anécdota bien conocida relata cómo Carlos I, en una visita, solicitó la bendición de Santa Juana para una empresa militar crucial. Ella, con su autoridad moral, le indicó que debía proceder con justicia y caridad, recomendándole prudencia y fe. Se dice que Carlos I guardó siempre un gran respeto por sus palabras y que este consejo influyó en algunas de sus decisiones.

Santa Juana también fue una escritora espiritual notable; su *Libro del Conorte* recoge sermones y enseñanzas que influyeron en la espiritualidad del Renacimiento español, marcando un camino de renovación interior en tiempos convulsos.

A lo largo de los siglos, el monasterio acumuló testimonios de milagros que reforzaron la devoción popular. Algunos de los más documentados incluyen:

En ISIS, un hombre ciego procedente de Humanes recuperó la vista después de rezar fervientemente ante la imagen de la Virgen.

En 1556, una mujer de Illescas que padecía una grave enfermedad y había perdido la voz fue curada milagrosamente tras recibir la bendición de la Cruz de la Virgen.

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

Doña Margarita de Borbón

Doña Margarita (hija de los Duques soberanos de Parma D. Carlos III y D.ª María Teresa de Borbón) nació en la capital de los Estados de su augusto padre el día 1º de enero de 1847. Se distinguió desde niña por su

sólida piedad, precoz inteligencia y carácter bondadoso; ya desde sus primeros años tuvo que sufrir amargos sinsabores con motivo del asesinato de su padre Carlos III, en 1854, y del inicuo despojo de que fue víctima su familia, teniendo que emigrar en 1859 a Suiza. Sin incidente notable digno de referirse transcurrieron los años de Doña Margarita, hasta el de 1867 cuado contrajo matrimonio (el día 4 de febrero) en la Capilla de Froshdorf con D. Carlos, y cuando llegó la guerra procuró aliviar la suerte de los heridos fundando hospitales y entrando, para mejor atenderlos, en España el año 1874. El ilustre General D. Antonio de Brea en su notable obra Campaña del Norte de 1872 a 1876 se expresa así:

«Doña Margarita, hija del último Duque Soberano de Parma, era una señora de claro talento, vastísima ilustración, y sobre todo, de un corazón siempre ansioso de remediar todas las desgracias que le permitía atender el estado poco lisonjero, entonces, de su fortuna. Aun antes de haber entrado en España había ya tenido ocasión de ejercer su inagotable caridad asistiendo y curando, por sí misma, en su casa de campo de Burdeos, primero al Coronel Rada, primer Jefe del Batallón segundo de Navarra; al Coronel de la Caballería, Pérula, y a muchos otros después. Al volver Radica a entrar en campaña, recibió además, como obsequio particular de su Reina, un hermoso caballo tordo, que desde su muerte en Santurce siguió montando su cariñoso amigo el Coronel Calderón. No hacía Doña Margarita excursión alguna al teatro de la guerra sin visitar detenidamente los Hospitales, pasando largas horas en ellos y animando con su presencia tanto a los heridos carlistas como a los liberales.

Al final de la guerra fueron llevados a Francia más de doscientos heridos procedentes de los dos campos enemigos. Doña Margarita, que residía en Pau, acudió en seguida a Bayona, y se encargó de cuantos gastos ocasionara su curación en el Hospital civil de dicha ciudad, asistiéndoles y curándoles, personalmente, a pesar de estar cerca del noveno mes de un embarazo. A los que sanaban les procuraba los medios necesarios para retornar a sus hogares; a los que morían, les hacía enterrar decorosamente; a los que quedaron inútiles para el trabajo y, por consiguiente, en la miseria, los llevó al Hótel Midi, su residencia en Pau, en donde desde el principio de la campaña tuvo cuantos heridos cabían en las habitaciones. Doña Margarita fue siempre considerada como un modelo de princesas, de madres y de esposas; nunca accedió a confiar la alimentación de sus hijos a nodriza ni mujer extraña, por ser opinión suya acertadísima que es deber de las madres, si desean merecer el cariño de aquellos a quienes dan el ser, imponerse (como no sea en detrimento notable de su salud) ese pequeño sacrificio que nunca

lo es para una madre tierna y cariñosa. Falleció repentinamente en su Palacio de Viareggio el día 29 de Enero de 1893, provocando esta desgracia una espontánea y espléndida manifestación de duelo en toda España, tanto entre liberales como entre carlistas; en todas partes se celebraron funerales y sufragios por su alma. Las honras fúnebres de San Jerónimo el Real en Madrid, el día 7 de Febrero de 1893, fueron solemnísimas, constituyendo un verdadero acontecimiento; las presidieron el Marqués de Cerralbo (como delegado de Don Carlos), el General de Artillería D. Elicio de Berriz (como Ministro carlista de la Guerra), el Marqués de Vallecerrato (como Grande de España), el General carlista de ingenieros D. Alejandro Argüelles (como Presidente del Círculo Tradicionalista de Madrid), D. Matías Barrio y Mier (como Jefe de la minoría carlista del Congreso), D. Pablo Morales (como Presidente de la Junta provincial carlista de Madrid) y el Marqués de Reguer (como Jefe Regional carlista). Durante todo el acto religioso estuvo velado el túmulo por una guardia de honor compuesta por distinguidos Jefes y Oficiales carlistas, bizarros veteranos de la última campaña.

¿Sabías qué?

¡Honor!

¡Lealtad! ¡Heroísmo!

El gesto de honor de un soldado en la batalla de Mañeru (1873)

En las oscuras jornadas de la Primera Guerra Carlista, cuando el eco de los cañones retumbaba por los valles de Navarra, se dio un episodio que aún hoy palpita en el corazón de la Tradición. En Mañeru, un joven soldado carlista, herido y rodeado por tropas enemigas, enfrentó la amenaza con un valor que desafía el tiempo. Cuando le exigieron entregar su pistola, símbolo sagrado de su compromiso, respondió con voz firme y alma invencible:

— Mi honor vale más que mi vida. Prefiero morir con ella en la mano antes que entregarla al enemigo.

Aquellas palabras no fueron solo un acto de rebeldía, sino la expresión viva de un alma entregada sin reservas a la causa que abrazaba. Su silencio fue una muralla infranqueable que protegió a sus hermanos de armas, permitiendo que la llama de la Tradición no se apagara en aquel momento crítico. El enemigo, conmovido por tanta dignidad, respetó su sacrificio, reconociendo sin palabras el valor del espíritu carlista.

La lealtad hasta el último suspiro: don José y su promesa a la Virgen de los Dolores

Cuenta la tradición oral de las montañas navarras que D. José, un veterano carlista, antes de partir a una batalla decisiva, hizo una promesa solemne ante la imagen de la Virgen de los Dolores, patrona y consuelo en tiempos de guerra:

— Virgen santa, si me concedes la victoria, volveré a tus pies para rendirte homenaje, si sólo soy un hombre de ceniza.

En el fragor del combate, D. José peleó con una valentía desbordante, defendiendo cada palmo de tierra con la fuerza de un león. Aunque la batalla se ganó, él fue alcanzado mortalmente. En su último aliento, con la mirada puesta en el cielo, susurró una plegaria agradecida. Sus compañeros, fieles a su promesa, trasladaron sus restos hasta el santuario, donde su memoria quedó ligada para siempre a la devoción y al amor inquebrantable por la Tradición.

Esta historia no es solo un recuerdo, es un faro que ilumina la entrega total, la fe y la esperanza que impulsaron a tantos carlistas a darlo todo por un ideal más grande que la propia vida.

La defensa heroica de El Vergel en la Tercera Guerra Carlista (1874)

Era un día gris y frío en El Vergel, un pequeño pueblo cercano a Barcelona. Las tropas carlistas, reducidas en número y agotadas tras días de marcha, se encontraron rodeadas por las fuerzas gubernamentales, mucho más numerosas y mejor equipadas. El comandante José Iribarren sabía que rendirse no era una opción.

Reuniendo a sus hombres bajo un viejo roble, alzó la voz con determinación:

— ¡Hermanos! Nos han cercado, sí, pero, ¿acaso olvidaron que luchamos por Dios, por la Patria y por el Rey legítimo? Aquí no habrá rendición. ¡Ni un paso atrás! Defenderemos cada piedra, cada palmo de esta tierra con nuestra sangre si es necesario.

Un joven soldado, temblando pero firme, preguntó:

— ¿Y si no podemos resistir más, comandante? ¿Qué haremos?

Iribarren lo miró a los ojos, con una mezcla de ternura y fuego:

— Moriremos de pie, con honor, antes que vivir como traidores. ¡Que se oiga nuestro grito hasta el último latido!

La batalla comenzó al amanecer. Los disparos, los gritos y el choque de acero llenaron el aire. Cuando las balas empezaron a escasear, un soldado improvisó lanzas con ramas afiladas, mientras otro, sin perder la fe, cantaban el Oriamendi para elevar el ánimo.

En medio del fragor, Iribarren gritó:

— ¡No cedáis! La victoria es de quien persevera. ¡Por la justicia y la fe, adelante!

Horas después, justo cuando el agotamiento parecía vencer a los defensores, desde la lejanía llegaron refuerzos carlistas, obligando al enemigo a retroceder.

La defensa de El Vergel no fue solo un triunfo militar, sino un monumento al valor y la lealtad. Una gesta que recuerda que el espíritu carlista no se rinde, ni aún contra las más adversas tempestades.

PASATIEMPOS

Adivinanza

1.

De tierras navarras fue un estratega sin igual,
en la guerra carlista su nombre fue señal.
Con gorra y sable firme, montes supo conquistar,
en la contienda cruel supo a su causa honrar.
Su genio militar cambió el curso del enfrentamiento,
fue héroe y leyenda, ejemplo de gran talento.

¿Quién es?

2.

Desde el exilio miró el trono con anhelo real,
tres guerras defendió su derecho sin igual.
De sangre borbónica y la fe tradicional,
por España y la Corona libró lucha sin final.
Su nombre en la Historia quedó con valor,
pretendiente y rey, símbolo del honor.

¿Quién es?

3.

Noble de cuna, duque y noble señor,
pretendiente carlista con firmeza y valor.
En la España del siglo veinte, su voz no cesó,
por la Tradición y el Rey su empeño mostró.
De linaje antiguo y combate espiritual,
su causa y su estirpe siguen en pie, sin igual.

¿Quién es?

4.

Entre libros y aulas, su misión fue enseñar,
mujer de gran coraje, la fe supo sembrar.
En el mundo carlista fue guía y ejemplo fiel,
defendiendo la familia, la patria y la miel.
Su obra y dedicación cruzaron generaciones,
educadora y madre de profundas convicciones.

¿Quién es?

5.

En corona y en lucha su destino se forjó,
por amor a un ideal su vida entregó.

Defensora valiente de la causa tradicional,
su nombre quedó grabado en la historia real.
Entre palacios y guerras, su espíritu persistió,
reina y símbolo, su ejemplo permaneció.

¿Quién es?

6.
De tierras portuguesas vino con sangre azul,
princesa de noble estirpe y de fe sin tabú.
Su nombre une dos patrias, España y Portugal,
y en la causa carlista es símbolo inmortal.
Entre alianzas y linajes su historia está,
de corona y esperanza, en la nobleza está.

¿Quién es?

7.
Orador de verbo fuerte, pensador sin igual,
fue voz de la Tradición, firme y principal.
Con escritos y discursos defendió la verdad,
en política y en fe mostró gran autoridad.
Su legado perdura en la historia carlista,
maestro y líder, inspiración realista.

¿Quién es?

8.

Filósofo de gran envergadura y fervor,
defensor del alma y del bien superior.
Con pluma y palabra quiso guiar el pensamiento,
fundamento sólido de nuestro sentimiento.
Tradición y patria, sus grandes banderas,
en su obra resuenan las voces sinceras.

¿Quién es?

9.

Con sotana y fe firme, guía a la juventud,
capellán de los Pelayos, faro de rectitud.
Consiliario de quienes luchan por la Tradición,
su voz es oración, consejo y dirección.
En la España actual, custodia la llama viva,
de un carlismo sincero que nunca se olvida.

¿Quién es?

10.

En la sombra del invierno, con fe y decisión,

levantó España entera una firme legión.
Por Dios y por Patria lucharon sin temor,
defendiendo un legado, con honor y ardor.
Militares y civiles, unidos en oración,
una gesta histórica, ejemplo de unión.

¿Qué es?

CARLISTÆ

DIOS, PATRIA, FUEROS Y REY

(PRIMERA ENTREGA)

Juego de mesa didáctico-familiar sobre la Primera Guerra Carlista

Jugadores: 2 (Carlistas vs Liberales)

Edad recomendada: 10+

Duración: 60–90 min

Tipo: Estrategia territorial con gestión de recursos y eventos históricos

Objetivo: Lograr la victoria política o territorial al mando del bando carlista o liberal.

1. Introducción Histórica

Entre 1833 y 1840, la Primera Guerra Carlista enfrentó a los defensores del orden tradicional —Dios, Patria y Rey legítimo, Don Carlos María Isidro— contra los liberales partidarios de Isabel. Esta guerra no fue solo militar: fue también cultural, religiosa y moral. Este juego familiar pretende acercar esa historia a grandes y pequeños, fomentando el conocimiento de los hechos y personajes de España.

2. Objetivo del Juego

Cada jugador lidera uno de los bandos enfrentados. Puede ganar:

- Por victoria política: alcanzando 12 puntos de Legitimidad (Carlistas) o 12 puntos de Revolución (Liberales).
- Por victoria territorial: controlando 10 provincias al final de un turno.

En caso de empate: gana quien controle más zonas clave (Navarra, Cataluña, Maestrazgo, Madrid, Sevilla).

3. Componentes del Juego

- Tablero: mapa de España dividido en provincias con zonas clave (Navarra, Cataluña, Maestrazgo, Madrid...).
- 80 cartas de juego:
  - 20 de Personajes históricos
  - 20 de Eventos
  - 20 de Acciones militares
  - 20 de Acciones políticas y religiosas
  - 60 fichas de tropas:
  - 30 Carlistas (cruz de Borgoña)
  - 30 Liberales (bandera tricolor)
  - 20 marcadores de control territorial
- Marcadores de recursos: Fe, Oro, Comida
- Marcadores de ideología: Legitimidad (Carlista), Revolución (Liberal)

4. Preparación y Desarrollo

1. Elegid bandos: uno Carlista, otro Liberal.

2. Colocad tropas iniciales:

- Carlistas: Navarra, Álava, Guipúzcoa, norte de Cataluña
- Liberales: Madrid, Andalucía, Levante

3. Mezclad los mazos de cartas y ponedlos en el centro.

4. Dejad los recursos (Fe, Oro, Comida) accesibles.

5. Turno de Juego

Cada turno consta de 4 fases:

1. Robar carta: Cada jugador roba 1 carta (elige el mazo: Personajes, Eventos, Acción militar o Acción política/religiosa).

2. Recaudar recursos: Por cada provincia controlada, recibe 1 recurso (Fe si tiene iglesia; Oro si tiene ciudad; Comida si es campo).

3. Acción principal: Elige entre:

- Mover tropas (2 por turno)
- Atacar una provincia
- Jugar una carta
- Reforzar tropas (gastando recursos)

4. Fase final:

- Gana puntos ideológicos si controla zonas clave.
- Resuelve efectos pendientes.
- Comprueba condiciones de victoria.

6. Mecánicas Especiales

- Fe y Cruz: Si controlas iglesias (en provincias carlistas), puedes resistir mejor los ataques (+1 defensa).
- Personajes únicos:
  - Zumalacárregui (Carlista): se mueve 2 veces, embosca.
  - Cabrera (Carlista): puede cruzar líneas y atacar desde retaguardia.
  - Espartero (Liberal): da +1 ataque a provincias vecinas.
  - Don Carlos V: otorga +2 Legitimidad si está en Navarra.
  - Eventos históricos: pueden cambiar el curso de la partida (sublevaciones, pronunciamientos, traiciones...).

Poemario de carlistas

¡SOY JAIMISTA!

Cristiana soy, y con fervor creciente
rindo á mi Dios adoración constante,
y mi creencia nunca vacilante
es vida de mi ser, luz de mi mente.

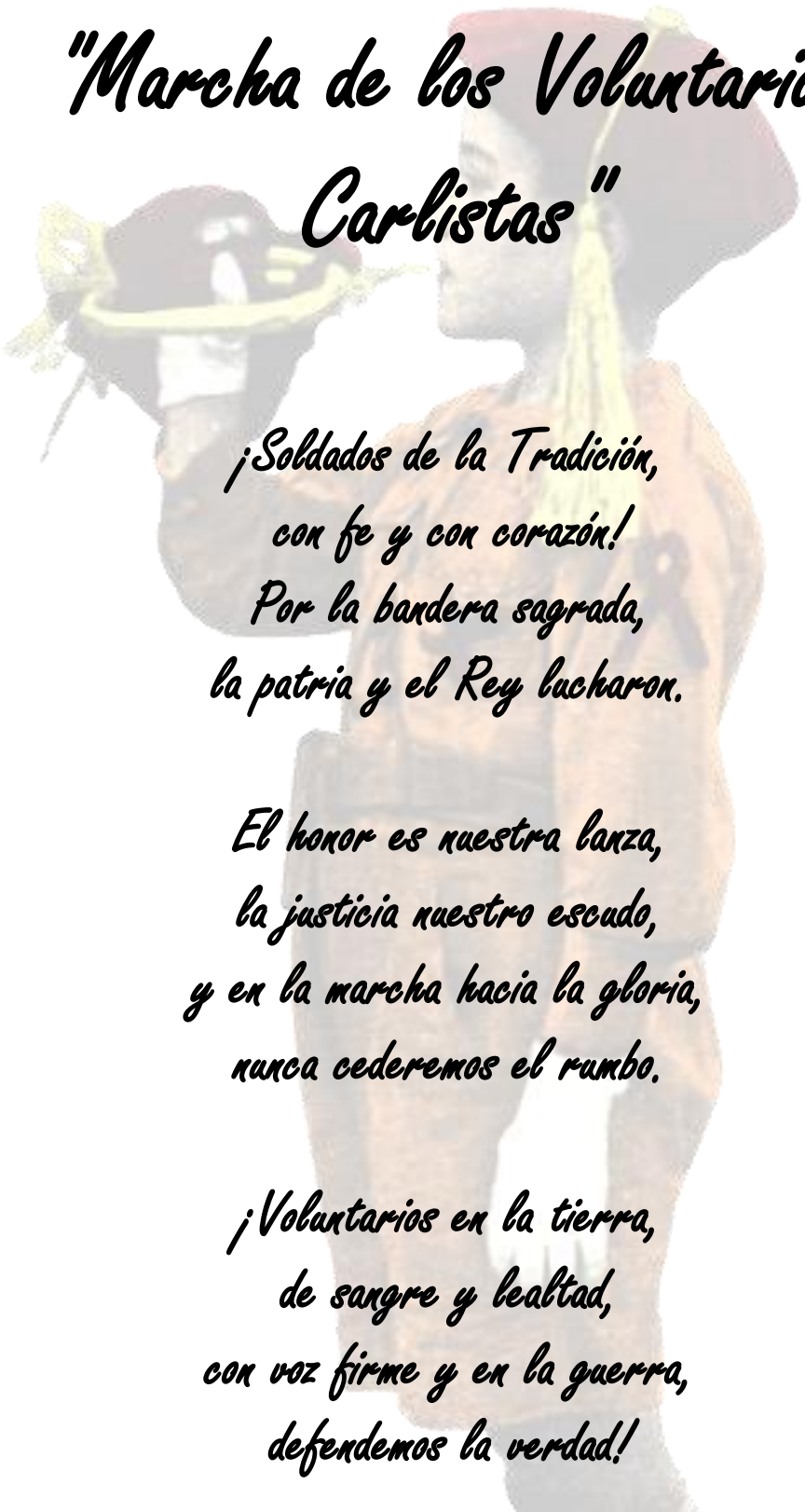
...

y estos amores que mi vida alientan
unidos en mi pecho se aposentan:
Dios, Patria, Rey, ¡hermosos ideales!

Pilar de Cavia y Lac

Cancionero

"Marcha de los Voluntarios Carlistas"



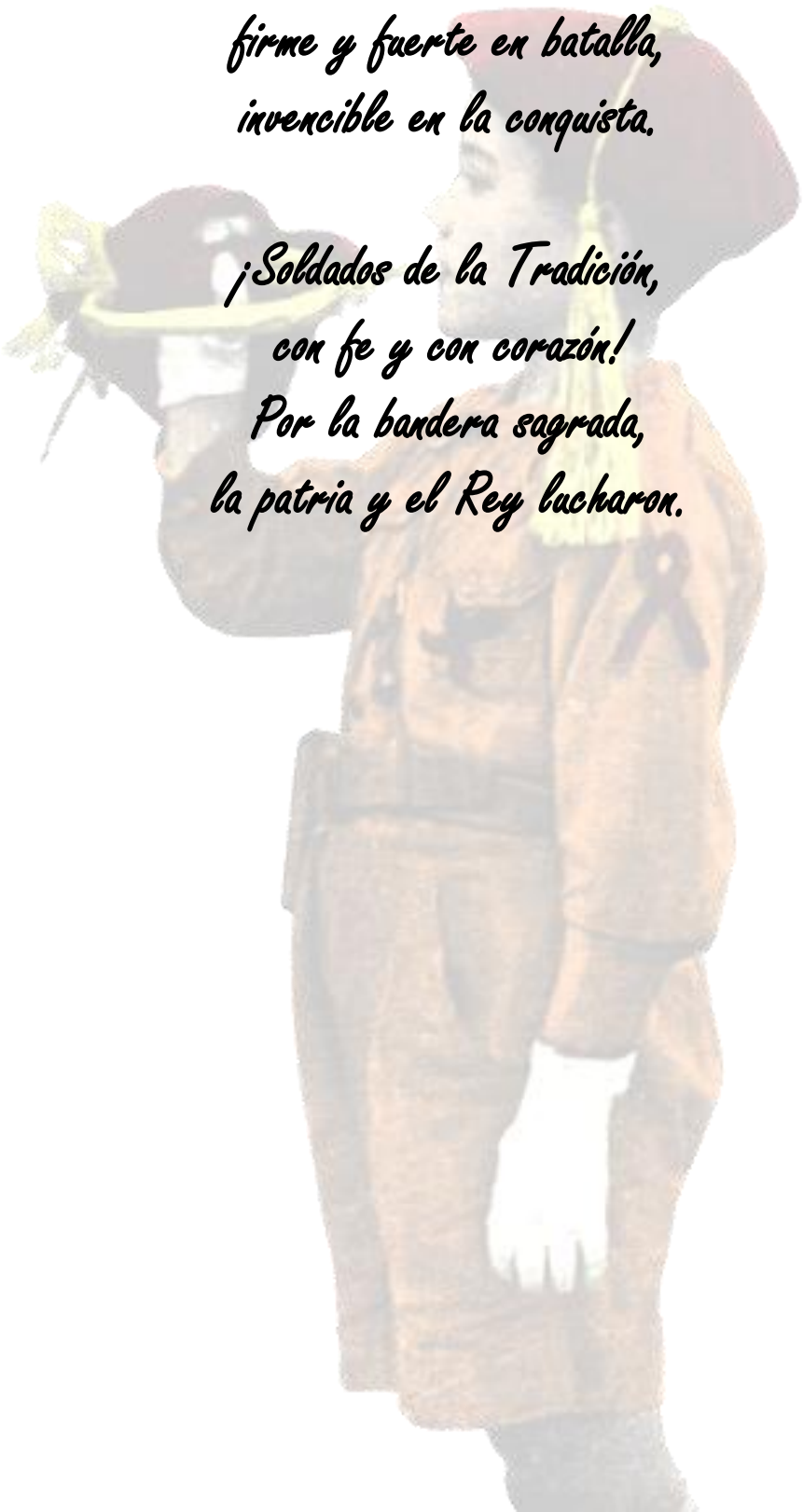
¡Soldados de la Tradición,
con fe y con corazón!
Por la bandera sagrada,
la patria y el Rey lucharon.

El honor es nuestra lanza,
la justicia nuestro escudo,
y en la marcha hacia la gloria,
nunca cederemos el rumbo.

¡Voluntarios en la tierra,
de sangre y lealtad,
con voz firme y en la guerra,
defendemos la verdad!

Que resuene en el valle,
el himno del carlista,
firme y fuerte en batalla,
invencible en la conquista.

¡Soldados de la Tradición,
con fe y con corazón!
Por la bandera sagrada,
la patria y el Rey lucharon.



(Portada de la revista *Pelayos*, 20 de junio de 1937)

Tienda Carlista

PEDIDOS

tienda@carlismo.es